





LOS NATCHES.

M. L.


PARIS, IMPRENTA DE E. POCHARD,
Calle del Pot-de-Fer, n. 14.

LOS NATCHES

NOVELA AMERICANA

POR EL SEÑOR

VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

REFUNDIDA

EN CASTELLANO AL GUSTO DE LA LITERATURA
ESPAÑOLA

POR DON MARIANO JOSÉ SICILIA.

•
Como Quinto.
•

PARIS

LIBRERIA AMERICANA,

CALLE DEL TEMPLE, N° 69.

—
1850

DONATIVO

DE





LOS NATCHES.

LIBRO DECIMONONO.

Las bodas de Otugamiz y Mila se celebraron con grande pompa ; muchas cosas faltaron sin embargo al contento de los esposos. Adario no habia aprobado aquel enlace ; al festin asistieron pocos Sachems , y se echaban ménos en él los parientes mas expectables del hijo de Tabamica. René y Celuta habrian bastado á llenar estos claros ; su ausencia tenia mustias y distraidas , mas que ninguna otra cosa, las almas de la amiga y del hermano. Otugamiz habia sabido ademas entre los Panimas muchas de las calumnias que se agitaban contra su amigo en los Natches , y la aversion implacable que se mostraba tenerle el tutor del Scl :

la mision de René, y los honores extraordinarios é intempestivos de que le habian colmado, le daba el corazon que encerraban alguna mira siniestra. Cuando quedaron solos en su nueva cabaña se sentaron á respirar y á conversar á su anchura. « Nosotros
« nos hemos casado, dijo Mila, y á la hora
« de esta no sabemos siquiera si vivirá Ce-
« luta; si estará en este instante llorando sin
« ver á nadie de los suyos; si vendrá de ca-
« mino, esperando encontrar y abrazar á su
« esposo, que por bien ó por mal se lo roban
« siempre los malos Manitús enemigos de las
« alegrías inocentes. »

— « No hables mal de los Genios, re-
« plicó Otugamiz, no sea que tambien se
« pongan de mala fé con nosotros. Tú pien-
« sas en Celuta; yo no puedo apartar á
« René esta noche de mi memoria. Esta au-
« sencia de ahora me da mas inquietud que
« las otras; Onduré es peor que los Ilineses
« y que los Blancos del castillo todos juntos:
« á mí me han dicho de cierto que Onduré
« es el autor y el móvil de las calumnias que
« se propalan contra el marido de mi her-

« mana; ¿ como podré yo creer que el águila
« rapaz de los mares alevante su presa en
« los aires , sino para estrellarla contra las
« rocas y devorarla luego á su salvo ! Mila
« mia , yo no sé pensar ; pero hay en mí al-
« guna cosa mas certera que el pensamiento,
« la cual me habla y me está diciendo que
« los males de René no se acaban. »

— « Yo creo lo mismo, dijo Mila, y añado
« mas , que esos males van á alcanzarnos ,
« si no los precavemos con tiempo. ¿ No he-
« mos visto patentemente que á nosotros
« tambien se nos quieren poner de hocico
« esos viejos fantásticos , los cuales no hacen
« asco de sentarse á chupar sus pipas con
« Onduré , y esta noche han tenido á mé-
« nos el venir á las bodas ? Yo no lo digo
« por mí ; yo cuento treinta tumbas en mi
« familia, y con una me sobra ; ¿ pero no me-
« rece nada un sobrino que ha ganado él
« solo mas honra en los campos gloriosos ,
« que ellos y sus abuelos todos juntos ? ¿ No
« está claro que nos desdeñan por ódio al
« hijo de Cháctas , á quien no le quedan ya
« mas amigos que nosotros ? ¿ Hay mas que

« irnos , y abandonar esta gente ingrata , y
« llevar á René y á Celuta por delante , y
« fundar nosotros cuatro un imperio? ¿Por
« ventura no estan abiertas por todas partes
« las selvas? ¿No hay islas solitarias en las
« Floridas , donde nunca se oyó mas voz
« que el canto de los jilgueros , ni se escu-
« chó mas gemido que el arrullo de las pa-
« lomas? Los mejores sasafrases del mundo ,
« la palma real , cedros , plátanos , cocos ,
« cipreses , laureles , mirtos , y la oliva di-
« chosa , ofrecen allí su sombra á las almas
« pacíficas : allí estan los boscajes y las flo-
« restas donde duerme la aurora á la már-
« gen de los arroyos : aquel suelo no está
« manchado con ninguna injusticia ; tierra
« vírgen , lozana , jarifa , inocente y simple
« que no conoce sino es al Genio de los
« amores ! »

— « Mila , tú sabes mas que un Sachem ,
« contestó Otugamiz ; tú me persuadirias ,
« si pudiera llevar conmigo los huesos de
« nuestros padres. »

— « Los huesos de nuestros padres , re-
« plicó Mila , los va vendiendo Onduré

« poco á poco : ¿sabes tú, cuando nos mu-
« ramos, si quedará tampoco lugar para en-
« terrarnos ? »

— « Tú me quiebras el corazón, exclamó
« Otugamiz; tú me haces llorar esta noche á un
« tiempo por el amor, por la religion, por la
« amistad y por la patria. ¿Quién osaría rom-
« per ni una hebra de estos lazos sagrados? Yo
« seré fiel, Mila lo será tambien á todos es-
« tos deberes, á todos estos afectos; lo de-
« mas lo harán, como les pluguiere, los
« destinos! Manitús de la nueva cabaña,
« vosotros sois testigos de la inocencia de
« nuestros votos, oídunos : si nos reunis en
« paz con los ausentes, nosotros os haremos
« en nuestro huerto un bosque y un lara-
« rio de flores. Y vosotros, dulces pedazos
« de mi alma, que andareis quizas á esta
« hora por los rios ó los bosques de la tierra
« extranjera apartados uno de otro en la so-
« ledad, aceptad estas lágrimas de los que
« no os olvidan en sus bodas! » Los dos es-
posos lloraban y se estuvieron llorando abra-
zados largo espacio de tiempo.

Estos tiernos gemidos de la virtud no lle-

garon al cielo. Onduré habia juntado la noche ántes á los ancianos , y despues de emitido un voto y un juramento espantoso, les reveló el juglar por entero el mentido secreto de la Diosa de la venganza. Todos , hasta los amigos de Cháctas , subscribieron al horrible proyecto de iniquidad. Su egecucion fué encargada á Onduré y á una junta de tres Sachems , uno de ellos Adario, delegándoles el poder supremo y absoluto hasta el fin de la empresa execrable. Onduré concertó al dia siguiente todo su plan con aquella junta. René no fué olvidado ; la proteccion de Akansia , y el nombramiento que le habia hecho de consejero del jóven principe , aumentó la aprehension y exacerbó las iras de aquellos viejos , los cuales decretaron la muerte del infeliz adoptivo sin mas figura ni forma de proceso. El calor de los tres Sachems era tanto , que querian enviar asesinos que lo alcanzasen en el desierto. Onduré, temiendo á Akan-sia los contuvo y logró persuadirles , que era mejor diferir aquel golpe para la noche del proyectado exterminio de los Blancos.

Condenado ya de esta suerte el malhadado Europeo, faltaba todavía arrebatarle ó corromperle el amigo que podría defenderlo y salvarlo. Onduré se encargó de esta obra, y para asegurarla propuso que á Otugamiz se llevase al congreso de los Indios, donde prestase el juramento solemne que debia preceder á los parlamentos, bien seguro de que la religion y la patria, interpuestas y presentadas en medio de un espectáculo formidable, neutralizarian su amistad, le atarian los pies y las manos, y pondrian en su boca el candado del secreto. Persuadirlo, si era posible, de la certeza de los crímenes imputados al hombre blanco, conseguir por lo ménos que dudase de su inocencia, y ponerle en la alternativa de abandonar al amigo, ó de ser mirado como un traidor, tal fué la combinacion infernal de aquel monstruo. Los viejos dieron su aprobacion á este nuevo invento de la maldad.

Otugamiz y Mila, el dia de la tornaboda por la mañana, conversaban tranquilos en su jardin á la orilla de una fuente, debajo de un sombrage de jazmines y madreselvas;

y he aquí entrar al tutor del Sol, á manera de la serpiente que fué á llevar la desgracia á los huertos de Eden. « Mal Espiritu, ¿qué vienes tú á hacer aquí! » exclamó Mila.

Onduré la miró con envenenada sonrisa, se sentó junto á Otugamiz, y le dijo á este: « Guerrero, yo he venido á ofrecerte los « votos que dirijo por tí á la Gran Liebre. « Tú haces la gloria de la patria, la alegría « de la juventud y la esperanza de los Sa- « chems: tú merecerias ser feliz. »

— « ¿Qué yo lo mereceria?, replicó Otu- « gamiz; ¿pues acaso tú crees que no lo sea? « ¿Donde hay nadie en el mundo que tenga « mas motivo que yo de estimarse feliz? ¿No « soy yo el esposo de Mila, el hermano de « Celuta, y el amigo de René? »

— « No era ciertamente mi ánimo, con- « testó Onduré, venir aquí á suscitar una « cuestion dolorosa en el dia de tu contento, « ni mucho ménos lo es contrariar tus afec- « tos, ni disipar ilusiones que á mí mismo « me serian gratas; pero yo soy sincero. Yo « doy mi enhorabuena al esposo de Mila y « al digno hermano de Celuta: yo querria

« tambien poder darla al amigo de René.
« ¿Quien mas que yo ha colmado de honores
« á ese extranjero? ¿quien mas que yo ha
« procurado y procura atraerle? ¿quien tam-
« poco desearia mas, que se hiciese merece-
« dor de tu amistad?... »

— « Tutor del Sol, dijo Otugamiz con el
« rostro encendido y atajándole las palabras,
« yo respeto tu dignidad ; pero mira bien no
« sea que te olvides de tí mismo hasta el
« punto de intentar deprimir á mi amigo en
« mi presencia. Tú harias ménos mal de
« tocar á las niñas de mis ojos. »

— « Hombre admirable, exclamó Ouduré,
« tu virtud me enamora y me cautiva, y en
« lugar de ofenderme me encanta la lealtad
« de tu corazon. La amistad es una cosa sa-
« grada, yo la respeto ; pero la amistad á
« su vez no debe cerrar del todo los ojos y
« los oidos. »

— « Gefe, clamó Otugamiz, tú me ator-
« mentas como el viento que agita por la no-
« che la luz de la cabaña : ¿ qué es lo que tú
« me quieres decir? ¿ qué tengo yo que oír
« ó que ver? »

— « No te irrites , dijo Onduré ; yo te
 « hablaré sin pasion y sin aspereza. Hay dos
 « cosas por cima de la amistad , que son el
 « honor y la patria ; el honor , á quien basta
 « un solo vapor para empañarlo ; la patria ,
 « cuyos peligros basta solo el soñarlos para
 « vivir sin reposo. ¡ Otugamiz , si tú oyeras
 « lo que se habla.... si tú te hallaras cual
 « yo me hallo al frente de una nacion que
 « me pide que la salve !... »

— « Y bien , dijo Otugamiz , si se ne-
 « cesita salvar la patria , si se necesita
 « vengarla , ¿ de cuándo acá el honor de
 « Otugamiz se ha desmentido ni ha peli-
 « grado en las batallas ? Mi hacha está siem-
 « pre prontá ; ¿ quien nos detiene ? ¿ donde
 « está el enemigo ? »

— « ¡ Silencio ! Otugamiz , ¡ por Michabú ,
 « silencio ! exclamó Onduré. Si por desgra-
 « cia es cierto cuanto se dice , la patria está
 « vendida ; se nos observa ; el enemigo está
 « en sus entrañas. »

— « ¡ El enemigo !.. Nómbrale , dijo Otu-
 « gamiz con un tono de voz en que mil sen-
 « timientos contrarios se mostraban á un

« mismo tiempo ; nómbrale ; pero piensa bien
« lo que vas á decir. »

Onduré observó á Otugamiz que temblaba de cólera , y teniéndole por el brazo en ademan de confianza , le dice : « yo no lo
« creo ; Akansía no lo cree tampoco : yo le
« he salvado ya una vez de la irritacion de
« los viejos ; pero el clamor general lo con-
« dena... el traidor designado por la voz pú-
« blica es tu amigo René !... »

— « Tú mientes , replicó Otugamiz , sacu-
« diendo los brazos y luchando con Onduré ;
« mi amistad tiene ojos y oídos ; tú eres
« quien lo difamas , tú y los malsines de
« que estás rodeado.... yo te arrancaré esa
« lengua infernal , yo haré un ejemplo me-
« morable ! »

Mila acudió á separar á los dos guerreros y se puso por medio. « Deja á este miserable
« que se vaya » le decia á Otugamiz ; y á Onduré : « véte , gran cocodrilo , y no vuelvas
« mas á poner los pies en mi cabaña. »

Otugamiz se sentó en un banco de césped , y un momento despues , mas sosegado , dijo á Onduré : « Tutor del Sol , yo lo veo bien ,

« tú has querido probar á divertirme con-
« migo porque dicen que soy simple : no re-
« pitas mas esas burlas, que me hacen mal...
« mucho mal ! »

— « Yo no juego ni me burlo , dijo
« Onduré retirándose : yo no te he hecho
« ninguna ofensa ; yo no te he dicho que sa-
« crifiques ni que abandones á tu amigo ;
« yo te he dado solamente un aviso que po-
« dria convenir á tu honor y á tu reposo ,
« que podrá servirte á lo ménos para que
« vivas con precaucion. Yo te perdono las
« injurias : tú me has perdido el respeto , y
« has llamado malsines á los primeros hom-
« bres de la patria contra los cuales yo he
« defendido á René. Ve y pregunta al mi-
« nistro del Sol ; ve y pregúntale á tu tio
« Adario. El padre que te dió el ser , no
« habria hecho tanto por ti , como acabo yo
« de hacer este dia sin que alcances á cono-
« cerle. Yo he cumplido contigo un ofeio de
« amistad , tú podrás desecharlo por el ins-
« tante ; pero tú tomarás consejo contigo
« mismo á tu espacio , y á lo ménos te acor-
« darás que eres nieto de Sifanes. »

Onduré salió. Otugamiz se esforzaba por parecer tranquilo ; mas la ponzoña habia corrido en su alma y hacia su efecto. Ora pasea por el huerto , ora se sienta , vuelve á andar , y torna á sentarse. Pensativo , la vista inmoble , y la frente apoyada en las dos manos , murmuraba y decía á media voz : « ¡ Qué es lo que á mí me pasa ! ¿ A « qué ha venido este hombre !... ¡ Yo era « tan feliz ahora poco !... ¿ Qué espinas , « qué agujones son estos que se han metido « en mis entrañas !... »

— « No pienses mas en eso , le dijo Mi- « la ; las palabras del malo son como el « polvo que el solano levanta en los dias de « la canicula : el viagero le vuelve la es- « palda y liberta sus ojos. »

— « Tienes razon , dijo Otugamiz ; tú « eres mi buen Genio : véme aquí bien tran- « quilo al presente. »

¡ Infeliz ! el golpe mortal está ya dado ; tú no hallarás mas reposo ; tu sueño , poco antes ledo y blando como el céfiro matutino , va á cargarse de pesadillas y de asombros ! ¡ Tal es la felicidad de los hombres ! Una

sola palabra, un soplo, la desvanece. ¡ Dulce confianza del alma, union íntima y sagrada, á Dios para siempre! ¡ Santa amistad, tus delicias pasaron, tus tormentos comienzan; tus dolores no tendrán fin!

« Mila, dijo Otugamiz á poco rato, yo me siento malo, yo voy á ver al juglar. »

— « ¡ Vah!... ¡ al juglar! dijo Mila; ¡ no nos faltaba otra cosa por cierto para tener un buen dia! Otugamiz; no vayas tú á ver á ese hombre. Si la paloma va á ver al buho, ¿qué le podrá decir ese pájaro amigo de la noche? »

— « Es preciso ver al juglar, insistió Otugamiz; yo estoy malo, él me curará. »

— « ¡ Malo!.... sí, dijo Mila poniéndole una mano en el corazon; ¡ malo y bien malo, pues que acaba de echar tu boca una mentira! »

Otugamiz se obstinó en ir á hablar al juglar. « Sea pues lo que tú quieras, le dijo Mila; vé, pobre abeja de los prados; pero guarda que no te pares á reposar sobre la flor venenosa del acónito. Yo te daré las

« señas : esa flor tiene cinco hojas que
« figuran una cabeza con capucha ; el co-
« lor es azul de cielo ; la raíz de esa planta
« traidora se parece á la cola del escorpion :
« su veneno hiela la sangre en el cuerpo. »

El inocente jóven se fué á buscar al ministro del sol. No encontrándole en su cabaña , dirigió sus pasos al templo. Onduré tenia puestos sus espiones de trecho en trecho , y el juglar estaba ya sobre aviso. Los levitas habian cubierto las troneras del templo con velos negros ; la noche reinaba al rededor del fuego perenne ; la serpiente sagrada estaba sobre el altar y tenia delante dos antorchas. El hijo de Tabamica se sintió poseido de un terror religioso , y se puso á adorar humillado.

El gran juglar , asistido de un largo séquito de ministros , el caduceo en la mano , con la túnica negra y roja , con la cola del manto arrastrando , la cabeza cubierta con el simulacro del buho , salió de los vestíbulos interiores y ocupó el centro de la espaciosa nave. Caminando de arriba abajo y de abajo arriba , dió tres veces la vuelta de

una linea espiral que se via trazada en el suelo con marcas rojas , como un rastro de sangre derramada : una música misteriosa y profunda con grandes pausas , acompañó aquellas vueltas. Luego se encendieron mas luces , destaparon un ara , y se hizo el sacrificio del cuervo. El juglar rompió las entrañas de la victima , y tomando el corazon en la mano , pronunció una palabra horrosa , y lo echó al fuego del holocausto. El corazon saltó dos veces entre la llama , y se oian estallidos en el brasero. Mientras tanto levantados los brazos , exclamó á grito herido el juglar : « Aceptadlo por expiacion ,
« Espiritus tutelares del imperio , aceptadlo
« por expiacion de nuestra flaqueza cuando
« adoptamos esa pantera que ha venido á
« devorar nuestra patria. No le imputeis á
« Cháctas los crímenes de ese monstruo que
« ha probijado sin conocerle : perdonad á
« Otugamiz su simpleza , y no querais castigar el amor insensato de Celuta. ¡ Piedad , Genios Guardianes , habed piedad del imperio de los Natches ! »

« ¡ Piedad ! repitieron todos , ¡ piedad ,

« Genios Guardianes, habed piedad del im-
 « perio de los Nátches! » Hecho luego si-
 lencio, se escuchó un ruido sordo y bulli-
 cioso como de moverse los huesos en las ca-
 jas del templo, se apagaron las dos antor-
 chas, se esparció un humo denso por todas
 partes, no se vió mas la serpiente, despa-
 recieron los juglares, y Otugamiz se halló
 solo en aquellas tinieblas pavorosas. El im-
 pio Onduré se gozaba en estas maldades, y
 se comia de risa, escondido en el pabellon
 de los oráculos. ¿Qué fiera podría igualarse
 á un atéo enmascarado, que se ha hecho
 dueño de la llave y de los prodigios del
 santuario?

Otugamiz salió aniquilado de dolor y de
 espanto, y llevando sus pasos inciertos por
 los parques del templo, exclamaba: « ¡Re-
 « né traidor!..... ¡René traidor!..... ¿Pues
 « qué? ¿todo lo que yo he visto en la ciu-
 « dad de los Blancos no han sido sino ilu-
 « siones y apariencias?... ¿pues qué! ¿han
 « podido engañarse hasta tal extremo mis
 « sentidos y mi razon?... Supremo Espiritu,
 « ¿qué luz has dado tú á los mortales para

« conocer la verdad!... El ha hablado, el
« ha hablado..... yo le he oído..... el sacer-
« dote del Sol!... el que comercia con los
« Espíritus y se trata con ellos rostro á ros-
« tro!..... el que trae sus respuestas y
« anuncia sus voluntades á los hombres!...
« Desgraciado, ¿no creerás al que te manda
« el cielo que reverencies y acates como su
« intérprete! ¿Podrías tú acaso dudar? ¿Era
« por ventura contigo con quien hablaba el
« sacerdote? ¿no dirigía su voz á los Ge-
« nios de la patria? ¿se atrevería ningun
« hombre á mentir en su cara á los Dio-
« ses!..... ¿Pero como creeré lo que no
« siento, lo que desecha mi corazón como
« una infamia? René no es un delincuente,
« nó, no lo es; yo lo afirmo, yo lo sostengo,
« yo lo juraré por mi vida, por mi honor,
« por mi alma, por aquel madero horroroso
« donde encontré amarrado en el cuadro del
« fuego al mejor soldado de Akilisko.....
« ¡Oh! mi amigo, mi amigo! ¿Será posible
« que el cielo no haya aceptado la alianza
« que contrajimos en la antigua cabaña de
« mis padres? ¿estarán en contra de nues-

« tros votos los Dioses de la patria! ¿qué
 « ha querido decir aquel ruido que yo en-
 « tendí sonar en las areas del templo? Los
 « huesos de los héroes se han movido en sus
 « urnas; la voz del sacerdote, la terrible
 « deprecaçion, ha sido correspondida allí
 « dentro!... ¿Tu alma no sería pura y sim-
 « ple como la mia? ¿necesitaria yo perdon
 « por haberte amado? ¿podrá pedir la pa-
 « tria que se rompan los dulces lazos que
 « anudaron contigo los dos hijos de Taba-
 « mica!»

Otugamiz seguia adelante los bosques sin rumbo cierto, pávido, atolondrado, descaecido de espíritu y agitada su fantasía con imágenes y aprehensiones terrorosas. Un pájaro que atravesase volando, una hoja que cayese de un árbol, le ponian miedo: parecia oir ruidos en el aire, y que murmuraba la yerba debajo de sus pasos. ¿Donde irá á consolarse y buscar consejo el héroe de la amistad y de la inocencia? Alguna cosa fatal lo empujó involuntariamente hácia Adario. Adario es su tio, Adario le habia servido de padre; Adario, en ausencia de

Cháctas, es el primer Sachem de los Natches, Adario está probado en las aflicciones, y amaestrado en la adversidad. La desgracia tiene tambien algo de religioso y merece ser consultada ; la desgracia da tambien respuestas y oráculos ; la voz del infortunio dice siempre verdad. Tales ideas como estas se vinieron al pensamiento del atribulado Salvage, y se fué derecho á buscar la sombra del inexorable Sachem, de aquel árbol sin ramas, empecido y envenenado por el rayo.

Adario seguia habitando en los bosques entre el templo y la cerca de los sepuleros, de dia y de noche á la inclemencia. «Hasta
« tanto que esté vengado, habia dicho,
« no tomaré mas abrigo que la bóveda de
« los cielos. Yo estoy sin honra ; yo he ar-
« rastrado los hierros de los Blancos entre
« los Negros en los mismos umbrales de mi
« patria ; yo he habitado las chacras de los
« esclavos ; yo no pude ó no supe morir
« aquella noche en que un belitre infame
« del Africa me ató de pies y manos so-
« bre un reguero de sangre de mis hijos. Yo

« no viviré con los hombres sin haber pur-
« gado mi afrenta , sin que me hayan pa-
« gado con setenas los Blancos la cuenta de
« mis trabajos y desastres. » Tal era el me-
dianero de su afliccion que el cuitado so-
brino iba buscando. Adario no tenia lugar
fijo en aquellas breñas : su parada mas or-
dinaria era una rambla umbria y pedregosa
sin agua , donde no se via ni una mata, de-
bajo de unas terreras altísimas. Otugamiz
le halló en un recodo de aquella larga que-
brada recostado en la arena , y á su hija
mas arriba , sentada en un peñasco , en si-
lencio , con una cesta de frutas y unos pa-
nes. El Sachem recibió al sobrino con paz ,
y le escuchó con agrado. Despues que Otu-
gamiz acabó de contarle sus penas , le dijo
Adario : « Lo que Onduré te ha dicho , y lo
« que has visto y oido en el templo , no
« es nada para darte una idea de la reali-
« dad de nuestros males. Yo no he amado
« nunca á Onduré , tú lo sabes ; pero él ha
« redimido á tu tio , y llevó al castillo en
« rehenes á su madre para sacarme de las
« casernas de los negros. Dejo para adelante

« el decirte otras cosas sobre Onduré; tú
« verás no muy tarde, que bueno ó malo,
« lo que quiera que hubiere sido ántes de
« ahora, al presente es ya el hombre de la
« patria. Cuanto á tu amigo, yo no te haré
« una culpa de haberle amado; yo también
« comencé á quererle... ¡Infeliz de mí!...
« ¡el primer Blanco que en los dias de mi
« vida encontró lugar en mi corazon, y á
« quien yo le dí mi sobrina!... Los hom-
« bres se engañan.... se engañó Cháctas,
« todos nos engañamos... escucha, no te
« aflijas: tú comienzas ahora la vida; este
« género de lecciones conviene mucho en tu
« edad... »

Otugamiz escuchaba y parecia la figura de un hombre convertido en estatua. Adario le refirió, á excepcion de uno solo, los crímenes imputados al marido de su sobrina, tales como Onduré y los hombres de su faccion habian logrado persuadirselos: por compasion, y por reverencia á los lazos sagrados del himeneo, le calló solamente los supuestos amores de René y de la India que acababa de tomar por esposa. La decision,

la seguridad con que hablaba Adario, el tono de su voz comprimida, quejosa, y sin embargo pacífica, los intervalos que ponía algunas veces á su discurso, sus maneras enfáticas de expresarse, algunas reticencias mucho mas expresivas que sus palabras, las señales de convicción y de pena que se vían en su rostro, la pintura animada que añadió luego de sus dolores y trabajos, de la profanacion de una parte de las tierras sagradas que se habian dado por su rescate, y de la situacion deplorable y aventurada en que se hallaba la patria, todo esto junto, si aun no bastó á convencer al asombrado mozo y á lanzar de su corazon al amigo, hizo en él una impresion poderosa y lo sumió en un abismo de angustias y de tinieblas. « ¡Tú « me has echado encima una losa, y me « dejas vivo en el sepulcro! » fué la sola respuesta del sobrino, con un acento tan lastimero, que se escapó una lágrima á los ojos endurecidos del austero Sachem. Otugamiz se levantó para irse, y estampó atalantado sus labios en las dos manos del anciano. Bien hubiera querido hablar; pero no po-

dia atar las ideas , ni acertar las palabras , ni encontrar los sonidos : su alma estaba oprimida , sus fauces secas , su voz convulsa y su lengua trabada. «No te atormentes mas, « hijo mio , dijo Adario , tranquiliza tu es-
« piritu : de tu parte ha sido virtud lo que
« engendró ese cariño fatal. Nadie te hace
« á ti reo por haber amado á René ; tú no
« le conocias ; pero de aqui adelante no
« será ya virtud , sino flaqueza y mengua,
« mantener esas conexiones que reprueba el
« honor y te podrán comprometer grave-
« mente con la patria. »

Otugamiz tomó la ladera arriba por fuera de camino , y cuando estuvo léjos y se vió solo , se sentó sobre el pico de una roca , y se encontró tentado de despeñarse. Mila guardó su vida viniéndose á su memoria , y horrorizado de dejar viuda á la que llevaba todavia en su cabeza la corona de flores de las bodas , siguió adelante y tiró á su cabaña. La tierna India lo aguardaba en su puerta , y acudió volando á su esposo que podia apénas sostenerse. Mila le puso el brazo y le dijo : « ¡ Ve aqui ahora á la

«dulzamara que necesita apoyar y tener al
«olmo! ; Bien empleado! ; no quisiste to-
«mar mi consejo!.... Y bien, siéntate ahora
«y descansa tu cabeza en mi seno. ¿Qué te
«han dicho los malos?»

—Me han dicho, respondió Otugamiz,
«me han dicho... lo mismo y peor todavía
«que Ondure!... Adario habla como el
«jugar. »

—«Pues mira, replicó Mila; si bajára
«un Genio con alas, y tuviera cien ojos y
«cien lenguas, y me dijera que es malo mi
«librador, yo le diria en su cara que
«mentia. ¿Como podria yo creer, y tú mé-
«nos que yo, contra lo que hemos visto y
«tocado por nuestros propios ojos, esas ca-
«lumnias que á tí mismo te han dicho en
«la tierra de los Panimas de donde nacen!
«¿El que te dió el Mautú de oro, creeria
«jamás á ninguno que le fuese á hablar mal
«de ti?»

A esta pregunta, se le saltaron á Otuga-
miz las lágrimas. Mila echó tambien á llo-
rar y exclamó: «¡Ah! ellos lo matarán, yo
«estoy cierta!... »

— « ¡Qué lo matarán , dices tú ! replicó
« Otugamiz : ¿ quien te ha dicho á tí que
« lo matarán ? »

— « Yo lo adivino , dijo la India : si tú
« no lo salvas tambien ahora , pronto irá á
« los boscajes de la muerte. »

— « No será tal , exclamó Otugamiz , ó yo
« tambien dormiré con él. ¡ Qué no estu-
« viera yo ya en el lugar de mi reposo !....
« ¡ Está todo tan agitado en la superficie de
« la tierra !.... ¡ lo largo de una flecha mas
« adentro se halla todo tan quieto y tan
« pacífico !... Pero no pienses tú que yo sea
« tan fácil en dar asenso á las cosas que se
« dicen de mi amigo : lo que es creer , que
« se llame creer , á mí me parece que no las
« creo.... Sin embargo , Mila , ¡ la patria !..
« ¡ mi tio !.. ¡ si tú lo hubieras oido !... si
« hubieras visto lo que yo he visto !... ¡ el
« juglar !... »

— « Nó , no me cuentes tú lo que has
« visto , que me dará mal de madre , dijo
« Mila interrumpiéndole ; vé aqui lo que
« yo pienso de estas cosas : Si es verdad que
« la patria está vendida , yo te digo que

« Onduré es quien la vende ; yo , yo lo he
 « visto , no una vez , sino muchas veces , ir
 « de noche al castillo de tapujo , y volverse
 « pian pian por la mañana bonitamente án-
 « tes que canten las alondras ; yo le he visto
 « tambien mas de una vuelta , en las cuevas
 « del rio , sentado mano á mano , muy fa-
 « miliar , con ese gato negro del fuerte de
 « cuyas uñas me libró á mí René. Esto lo
 « diré yo si es menester en la plaza , y en
 « los consejos , y en el templo , que yo tam-
 « bien soy patria , y he comenzado á ser
 « matrona , y mal que á algunos les pese ,
 « soy la esposa de Otugamiz. Cuanto á tu
 « tío , yo creo mas bien en Cháctas , padre
 « adoptivo del maltratado esposo de tu her-
 « mana , que no en Adario que ha venido á
 « parar en prohijar á Onduré , á quien ha
 « poco tiempo que le escupia como al Hijo
 « del diablo (1) : ¡ á tu tío se le ha olvidado

(1) Cuadrúpedo , de la especie de la zorra , por otro nombre, didelfo, y tambien bestia hedionda, y semivulpeja. Cuando la siguen arroja una orina sumamente fétida , cuyo hedor se extiende á mucha distancia.

« sin duda , que los lobos mudan los dien-
« tes y no las mientes !.... Pues no diré yo
« nada de ese bellacon del juglar , la maza
« y la mona ! ; siempre juntos y aunados él
« y Onduré para todas las picardias ! ¿ Qué
« es lo que tú habrás visto ? habrá hecho
« muchos gestos , se habrá contoneado con
« su vestido de botarga ; habrá trazado cir-
« culos y habrá saltado por cima como un
« bisonte dando corcovos ; habrá hablado por
« las narices , y habrá dicho que los oráculos se
« declaran contra tu amigo , con la misma ver-
« dad con que dijo , el día de las elecciones , que
« el eclipse de sol habia sido un agüero feliz en
« favor de Onduré . Pues bien ; si hubiera es-
« tado yo allí , ¿ sabes lo que habria hecho ? Le
« hubiera enseñado la lengua , le hubiera
« vuelto otros tantos gestos , me hubiera
« puesto á saltar y á hacer combas como él
« y mejor que él , y me hubiera reído en sus
« hocicos . Hay aquí un Genio (y se ponía
« la mano en el corazon) que me habla
« siempre verdad , que conoce á tiro de le-
« gua las mentiras , que les da higas á los ju-
« glares y no obedece á los negros encantos . »

— « ¡Como me consuelas! ¡ como tienes
 « razon ! exclamó el excelente Salvage : nó,
 « René no es culpable... ¡Qué compasion!..
 « ¡qué trastornos!.. Mila , ¿estarás tú firme?
 « ¿me querrás tú seguir al desierto? »

— « ¡ Vaya , si yo querria ! dijo Mila : eso
 « es lo mismo que si el cisne del Canadá le
 « dijera á su compañera : « Amiga , te quer-
 « rias tú venir conmigo á los lagos pacíficos
 « de las Floridas , que no se cuajan con el
 « hielo , ni se enturbian con las tronadas? »

La amable India tenia dispuesta la comida de la tarde : á sus parientes y amigas les habia dicho que Otugamiz estaba ausente y no podria celebrarse la tornaboda. Despues de hechos pasar algunos bocados á su esposo , y mojados los labios de uno y otro en la copa , donde cayeron algunas veces sus lágrimas brindando por los ausentes , Mila volvió al lecho nupcial no cantado , cuya pompa consistia toda en la simplicidad y en la ingenua virtud de los dos novios. Los tiernos brazos de Mila sosegaron y adormecieron los pesares de Otugamiz , como aquellas ligeras vendas de seda que

aprietan y consuelan á un tiempo las heridas de los guerreros , reposados bajo el abrigo del techo hospitalicio en la noche de un dia de armas trabajoso y aciago.

Los destinos no se habian olvidado de Celuta mientras se levantaban y se movian tantos nublados en el Nácthe. Adeláida habia cumplido lealmente las promesas que hizo á René ; pero la triste India , cuando aquella le dió la nueva de la partida de su esposo , de su hermano y de Mila , se creyó sola en el mundo para siempre. Tímida y apocada en la casa extranjera , no se atrevió á mostrar desconfianza , recoció aquella pena en su corazon y cayó por segunda vez en el letargo. Los médicos perdieron casi del todo la esperanza de salvarla. Por suerte habian llegado unos Indios y un tio suyo de los Panimas , que alcanzaron á persuadirla de la verdad cuando recobró sus sentidos. Era su tio uno de los salvages mas ricos de las riberas del Ohio, y habia venido á la feria de las corambres con un surtido copioso de mercancías del desierto. Todos los dias iba á visitarla dos veces , y la animaba ofreciénd-

dole conducirla él mismo á los brazos de su esposo. Adeláida y algunas de sus amigas se habian distribuido las horas para velar en su asistencia; la madre del granadero, la caritativa Basilia, servia de trujimana á las Europeas, sin dejar ni un instante la cabecera de su huésped. Adeláida llevó sus consuelos hasta el extremo de suponer que habia recibido una carta para Celuta, y le mostró la esquila que René, cuando estuvo preso, le habia escrito. La India reconoció la letra de su marido, y hubiera dado un mundo por saber descifrarla: la ingeniosa Francesa le leyó á rostro firme, de su cabeza, mil ternuras, y Basilia que las volvia en la lengua algonquina, añadió otras mas. Esta mentira piadosa fué la mejor medicina para Celuta: á la vuelta de pocos dias se halló buena y se dispuso el viage.

Llegado el dia y la hora de la partida, Adeláida, Harlay, el general Artaguetes y Basilia la acompañaron hasta el puerto. «Generosos huéspedes míos, les dijo yendo ya á entrar en la piragua, á vosotros os soy deudora de la vida, y de lo que vale mas

« que mi vida que es mi esposo adorado ;
« por vosotros no será ya esta niña huér-
« fana y extranjera en las selvas : cuando
« ella sepa hablar, yo la enseñaré á bende-
« cir los nombres de los que han tenido pie-
« dad de su infancia. Lo que dure mi vida ,
« yo le pediré al Grande Espíritu , al salir
« el sol y al ponerse , que os conceda dias
« placenteros, y os dé noches serenas y des-
« cansadas. » Adeláida se estuvo abrazada
con ella algunos instantes , y al ir á se-
pararse, asida todavía de su mano, exclamó :
« A Dios, ilustre India , á Dios, amiga mia :
« tú eres la muger fuerte que no se encuen-
« tra sino léjos , y está escondida con su
« virtud en los confines del mundo. » Des-
pues se quitó una joya de diamantes, se la
puso en el pecho y le dijo : « Yo te pondria
« mejor una corona y te haria la reina de
« las esposas y las madres. »

La piragua se hizo á la vela favorecida
de un viento fresco que del lado del mar
cargaba y la hacia volar. La veloz navecilla
tenia la semejanza de un falúa de Europa ,
con dos árboles y el velámen de lienzo , la

proa dispuesta como la popa para el timon; la carroza, de mucha gala. La boga la hacian seis Indios mandados por el tio de Celuta que tenia el gobernalle, y parecia el Dios del rio. A este viejo le llamaban por sobrenombre Tagoselin, que quiere decir *bendito*, porque no habia probado en su vida ningun pesar: á la edad de setenta años en que habia entrado, vivia su padre y su madre: contaba doce hijos y cuatro hijas, todos felices, y tenia un enjambre de nietos y biznietos. Era sobremanera piadoso, y habia hecho levantar aquel dia en la popa un altar á los Genios domésticos, no ménos satisfecho y gozoso de conducir buena y salva á su sobrina, que de la suerte que habia tenido en la feria, y del rico surtido de telas y joyeria que llevaba para festejar á sus hijos. Celuta iba al pie del altar con su tesoro en los brazos, henchida de alegria y de esperanza.

Algo mas de la mitad del camino, el viage fué dichoso; pero á la vuelta de una punta, donde comenzaban ya á verse á lo léjos azulear las cumbres de los Náches,

saltó el viento, y á poco rato se volvió escaso, y embistió por la proa. Todavía navegaron algunas horas de bolina, y tentaron muchas bordadas penosas; sin embargo el camino que hacian era muy poco, Celuta se mareaba, y su tio mandó que barasen en la ribera oriental. Allí dispusieron un rancho, se sacaron las provisiones y se tendió la mesa campestre. La felicidad parecia estar sentada en medio de los viajeros; la comida se prolongó entre las dulces pláticas; y el jarro del marinero corria de mano en mano mientras llegaba la hora de la marea, en que volveria á entrar el viento por la popa. Todos contaban amanecer al dia siguiente en los Natches; el astro empero de René y de Celuta pesaba encima y debia acabar la felicidad de Tagoselin.

El sol se habia ya puesto, y las úlulas (1) comenzaban á voltear en las selvas americanas, cuando vieron bajar el rio una barca desconocida, que hacia fuerza de remos y

(1) Ulula, ave nocturna, de la especie de la lechuza, por otro nombre, autillo.

adelantaba en su carrera á las ondas. La bandera éra india de tierra amiga , pero la manera del bastimento era inglesa. « ¡ Los « forbantes! » clamó un Indio que habia subido á un altillo á observar, y al instante acudieron á las armas. Tagoselin le ordenó á Celuta que buscasse sin detenerse un asilo en los riscos : la infeliz , asombrada y temblando por su hija , se internó en los breñares.

Los Panimas eran valientes , y no viendo en la barca sino seis hombres , no imaginando los que podrian venir escondidos , se resolvieron á la defensa. Su primera disposicion fué retirar la piragua de la orilla ; pero la nao enemiga volaba , y escupiendo dos tiros de pedrero á metralla , mató dos hombres : un instante despues , Tagoselin y los cuatro Indios que le quedaban , se hallaron rodeados de asesinos , y cayeron hechos pedazos. Los piratas se dieron prisa á saquear la piragua , despues la incendiaron , arrojaron los cadáveres á las llamas , y siguieron el rio adelante á buscar mas fortuna. Estos hombres atroces llevaban ya seis me-

ses de robar y matar en los rios de aquella parte de América ; iban vestidos de Indios , la cabeza siempre cubierta y los rostros enmascarados : jamas hablaban , nunca daban cuartel , no perdonaban ni á los niños ni á las mugeres ; el rio ó las llamas sepultaban todos sus crímenes , sin quedar ni un solo vestigio de su paso. En sus huidas nadie pudo alcanzarlos , ni saber quienes eran , ni topar sus guaridas. Se decia vagamente que eran Ingleses , de una cadena de malhechores que habia logrado escaparse del presidio de Savannah en la Georgia : el nombre de forbantes con que los designaban , su destreza en la maniobra , la enemiga especial que mostraban tener con los Franceses , y mas que todo su crueldad fria é inexorable , ofrecian sobrada materia á estas sospechas.

Celuta pasó muchas horas en la mayor angustia sin atreverse á salir de su refugio. Desde allí habia oido los tiros y la alarida de los Panimas : el silencio que se siguió despues , le ponía doble espanto. Era ya media noche cuando osó subir rodeando á una altura que daba vista á la ribera. La

luna alumbraba la soledad ; no habia ya mas piragua, ni se veia rastro humano en las playas ; solo una luz como de una hoguera apagándose, levantaba por intervalos una llama enturbiada y humeante á la orilla del agua. La amedrentada India no se atrevió á bajar, ni á llamar á nadie, ni á dar mas paso, hasta ver con el dia la verdad de su situacion y lo cierto de aquella tenebrosa catástrofe : el tronco cavernoso de un tamarindo excavado por los tiempos, le sirvió de posada y de atalaya hasta el alba.

El dia vino, y su primer claridad le causó mas espanto que la noche, y sacóle del corazon un suspiro profundo. « Vamos á ver « nuestra suerte, hija mia, » exclamó regándola con sus lágrimas, y comenzó á explorar la ribera y los campos, y fué observando de cumbre en cumbre por todos lados y parages. No quedándole duda de que se hallaba sola en aquellos yermos, bajó á la playa, reconoció el lugar del banquete de la tarde, siguió mas adelante, vió unas piedras ensangrentadas, despues encontró el hacha de su tio junto al paso de las aguas ;

mas allá vió un acervo de cenizas que aun estaban calientes y humeaban. A un lado del acervo habia un remo partido; Celuta le tomó y removiéndolo con él aquellas negras pavesas, vió un rostro conocido, medio abrasado. La infeliz sobrina dió un grito que resonó en los montes, y lo volvieron todos los ecos de las selvas. « ¡Tagoselin! ¡Tagoselin! ¡Bienhechor mio!, clamaba, primo « querido de mi madre, tu dicha se acabó, « tu prosperidad fué quebrada, y la gloria « de tu vejez se ha eclipsado cabe la inicua « fortuna de tu parienta, entregada al látigo de Atahansia! ¿Para qué te doliste de « mi infortunio y tuviste piedad de esta misera! ¿para qué juntaste tu suerte á mis « desventuras? » Amelia despertó, y los llantos de la madre y la hija fueron mezclados, y sonaron sin ser oídos, largo trecho de tiempo, en aquellas márgenes solitarias. Despues, contenido el lloro, resplandeciendo en su frente y en sus ojos alguna cosa de sobrehumano y divino, levantando en los brazos á la hija, mirando al cielo, y poniendo otra vez en

ella la vista, con un tono solemne y religioso, y con voz animada y firme, exclamó: « Amelia mia, Amelia mia, tu me impones
« un gran deber... yo viviré por ti y por tu
« padre; yo beberé resignada por vosotros,
« sin mostrar repugnancia, de esta copa de
« acibares y de hieles que nos ha sido mez-
« clada de lo alto: mi paciencia quizas que
« desarme esa mano escondida que descarga
« sobre nosotros la ira de su furor incom-
« prensible! » Luego se puso á orar en silencio con las manos alzadas; sus ojos estaban fijos hácia el Oriente y dejaban caer por las mejillas dos hileras de lágrimas. Tal parecia en aquella actitud, como un anánas fragante, de la carne de oro (1), que perdió su corona, de quien el corazon, descubierto á la lluvia del orage, se derrite y destila sobre la tierra hecho agua.

Acabada la súplica, se levantó animosa, cogió el hacha, cortó céspedes, y cubrió de

(1) *Ananas aculeatus*, fructu pyramidato, virescente, carne *aurea*, que es la especie mas estimada en la América.

verdura, de musgos y de ramos de acacia, las cenizas fatales. Dadas despues las tres voces de la despedida final á las tristes victimas, dejó el lugar doloroso, se subió á un montecillo, durmió á sus pechos á la hija, y meditó su viage. Puesta enfrente del sol, y mirando á la izquierda, dijo entre sí: « Mi marido está hácia esta parte », y fiada en la Providencia y en los dones de la creacion repartidos en aquellos campos feraces, cortó un baston de haya, se colgó el hacha en la cintura, suspendió á su Amelia á la espalda en el blando zurrón de arminios, y acometió su marcha al Septentrion. Tal va la hembra del cisne, cuando asustada por la tormenta, y queriendo salvar sus polluelos, los coloca entre su cuello flexible y sus alas un poco levantadas; los bellos pasajeros se recrean y se duermen medio escondidos en el tierno plumon de la madre solícita que camina á buscarles un asilo.

LIBRO VIGÉSIMO.

La soledad que atravesaba Celuta , era el antiguo paraíso de los Celámis , una de las muchas naciones indias que había hecho desaparecer de la sobrehaz de la América la ambición y la crueldad europea. Aquel desierto magnífico se encontraba entonces sin dueño. Los Españoles y los Franceses se disputaban su posesión , y los mas de aquellos campos felices estaban abandonados á las aves del cielo y á las bestias de la tierra. Prados , sotos , boscajes , blandas colinas , montecillos y otros deliciosos , todo cubierto de árboles peregrinos y lujuriantes , de toda casta y de toda especie preciosa y jocunda ; frescas cañadas y alegres valles , alfombrados de tierno césped y de flores pas-

mosas, á cual mejor pintada, á cual mas elegante y mas grata á los ojos; fuentes, cascadas, arroyos cristalinos; glorietas y pabellones naturales de zarzarosas, de madre-selva escarlata, de azaleas (1) y de chamedafnes (2) entrelazadas con los laureles y los mirtos, tales eran los cuadros y las escenas encantadoras que se abrian á la vista de la desmamparada Natchesa. Allí dejaba caer la palmera el dátíl nutricional de los desiertos del viejo mundo, junto al cerezo enano de las Indias agoviado bajo la carga de sus dulces racimos; de este lado ofrecia su regalada tisana y su rico meollo el coco, amigo de los viajeros; mas allá presentaba su enmelada conserva el chirimoyo oloroso: allí el ameno plátano, el frondoso diospiro, la sabrosa higuera de Adan, (3) el apetitoso limero, el árbol de la miel y el de la azucar, y las verdes carrascas con sus troncos abier-

(1) Especie de brezo.

(2) Mas conocidas en aquel pais con el nombre de *hiedra salvage*.

(3) El Banano.

tos, y sus hondas despensas rellenas de panales. ¿Qué festin de monarcas podia ofrecer mejores platos, y mas seguros de ponzoña? ¿Qué corte podia igualar en su lujo los penachos de nieve y de púrpura, los collares de oro y de pedrería, las garnachas, las tunicelas y los mantos adamascados de la turba volante que surcaba los aires, ó se mecía en los árboles entre los espesos follages? ¿Qué milicia de Oriente podria imitar los colores, las sedas, los embrochados, los corseletes, las lamas, y los briaes tornasolados de las bandas brillantes y vagabundas de mariposas que se agitaban sobre las brisas como una lluvia de flores? « ¡ O mi « esposo! ¡ Oh mi esposo! exclamaba Celuta « arrebatada, he aquí los campos del Oeste « que podrian serlo para nosotros, si tu la « amáras tanto, como ella te quiere á tí, « á la madre de tu Amelia. ¿Quién nos es- « torbaria poner aquí nuestra casa pajiza y « vivir ignorados de los hombres? »

Entregada á estos pensamientos y entrea-
briendo su corazon á las ilusiones de una
vaga esperanza, aceptó aquel convite de las

selvas, y comió de los dones ópimos del Criador, rindiéndole acción de gracias, y pidiéndole por la hija, cuya vida estaba pendiente de sus pechos medio agotados. Después se sentó á lavarla á la márgen de un arroyo, debajo de una palma, en una hermosa pradera donde sobresalía el dulce olor de la angélica. La blanca y graciosa mamoncilla, cuando la habia desnudado y la tenia acostada en el césped, parecia un pajarito derribado del nido ántes de tener plumas. La tierna madre bañóla en aquellas ondas templadas por el calor de la siesta, la enjugó en su regazo, y ántes de acomodarle sus pañales de arminio, la envolvió en musgos de cipreses, mas blandos que la pelusa de la seda. Luego le puso flores, le presentó el banquete materno, la durmió entre sus brazos, y dejándola un momento á la sombra en un lecho de jazmines, comenzó á componer un cestillo de dátiles y bananas para la colacion de la noche.

Los destinos no se cansaban: era mucho la tregua de una mañana y de una siesta en la dura guerra que traian movida contra

aquella muger preordinada para todas las pruebas de la virtud y el dolor. Celuta no habia visto unos aguazales cubiertos de espadañas, que se extendian por bajo del arroyo, ni sospechaba nada de aquel lugar que parecia la mansion de los Genios benéficos. ¡ Cual fué su horror, cual su asombro, cuando oyó batir las escamas y sonar el oscuro mugido de un cocodrilo, cuando vuelve la vista y vé lucir los ojos vidriados y sanguinosos del enorme reptil que hacia esfuerzo para subir al lugar donde estaba Amelia á pocos pasos! « ¡ Grande Espiritu! « ¡ Grande Espiritu! » gritó la triste madre, y sin desmayar, coge el hacha, se adelanta al encuentro de la espantosa bestia, la provoca, la distrae hácia otro lado, da una vuelta, y al tornar á buscarla el voraz anfibio, ya está Celuta de la otra parte, enarbola el hacha, y del primer golpe le derriba los ojos y le quebranta el horrible morro. El monstruo gime y se debate á ciegas contra los troncos de las palmas; Celuta le descarga el segundo golpe y le corta la una de sus garras: la tercer herida la elige, y ases-

tándole al vientre y tirando á mandoble, le vació los ijares. El feroz animal dió entonces el postrer salto y cayó en el arroyo que bajó largo rato teñido de su sangre. ¡ Victoria de una madre ! En la Grecia te hubieran consagrado con fiestas y monumentos , y le hubieran dado el nombre de Celuta á algun astro !

La triunfante heroína , pálida , y sin embargo alumbrado el rostro de una celestial alegría, irradiados sus ojos con todos los carismas del amor maternal , se dirigió á su hija , que aun estaba dormida , dichosa de ignorar los trabajos y las desgracias de que estaba erizado tan de temprano su camino en la tierra. Celuta la alzó en su seno como un hallazgo , se arrodilló con ella en los brazos , invocó á los Genios guardianes de la infancia , cargó otra vez el amado peso en sus espaldas , acomodó en su cintura el hacha libertadora , tomó el cestillo de las frutas , y tiró por los altos de la izquierda que dominaban el Meschacébe.

La fuerte India siguió sin descansar la penosa cuesta que sube al promontorio de

los Celámis, en cuyas cimas se veían al léjos las trazas de alguna cosa como village. Mientras mas se acercaba, mas la engañaban las apariencias de una aldea grande, defendida con estacadas al uso de los Indios. La esperanza es como los sueños: Celuta llegó á lo alto, y la soledad habitaba en aquel lugar, lleno todo de ruinas y de escombros. Allí fué la postrer morada de los antiguos dueños de aquel desierto, el postrer reducto donde pereció un pueblo entero entre las llamas, ántes que abandonar sus hogares y sus Dioses. La hija de Tabamica habia oido hablar á los viejos de la tragedia de los Celámis, y del aljibe maravilloso que habian abierto en aquellas rocas inaccesibles, cuando el último asedio que precedió á la catástrofe. Ella encontró á pocos pasos aquel aljibe y no le quedó duda del parage donde se hallaba, poco mas de un dia de camino á los Náches.

El sol bajaba, y resuelta Celuta á pasar la noche en aquellas cumbres, se sentó á descansar en una vieja rudera medio cubierta de una yerba raquítica y desmar-

rida. La idea de los peligros pasados suele poner mas grima al espiritu que su misma presencia : Celuta parecia absorta ; la figura del cocodrilo se le venia á los ojos por todas partes, y en el lato silencio de aquella altura, donde apenas sonaba algunas veces el vuelo del águila cazadora, imaginaba oír todavía los ronquidos del monstruo y el rechino de sus quijadas. « ¡ Qué hubiera sido de ti , ino-
« cente de mi alma , decia á su hija , estre-
« chándola entre sus brazos, que cuenta hu-
« biera dado de tí tu madre, si mientras
« tu dormias en las flores, hubiera estado
« apartada de tí un solo tiro de flecha!...
« Yo le hubiera dicho á René : El caiman
« se comió á tu hija.... su madre no llegó
« á tiempo.... la mala bestia ha despedazado
« el fruto de nuestro amor ! » Mientras de-
cia estas cosas la tierna niña se le reia ,
se agitaba en sus brazos, y buscando sus
pechos solicitaba el festin acostumbrado.
Celuta la abrió su seno al instante , pero
¡ Oh dolor ! ¡ oh afliccion imprevista ! ¡ el
seno de Celuta se habia apurado con el es-
panto!... No de otra suerte cuando se es-

tremece la tierra con los sacudimientos del Etna, desaparece una fuente en los campos de la Sicilia, y el cordero le pide en vano sus dulces aguas al manantial agotado.

« ¡Y bien! dijo Celuta, si se han secado
« mis pechos, hija adorada, si te ha fal-
« tado tu mesa en el desierto, si es que el
« cielo le pide mas á mi amor, yo romperé
« mis venas y te nutriré con mi sangre. »
Celuta alzó los ojos al cielo, y bajó otra vez su cabeza en señal de resignacion. La religiosa India se preguntaba á sí misma, si ella habria cometido alguna culpa que la hiciese merecedora de aquel castigo del grande Espiritu, si acaso habia faltado alguna vez en su vida al amor y al respeto de sus padres, si era que habia cesado de ser fiel á su esposo, si á su hija no la habria amado bastante, si habia sido jamas ingrata con sus amigos, si habia vuelto en alguna ocasion el mal, ó tan siquiera habria querido volverlo á sus enemigos; si su cabaña, su familia, su tribu, su pais, sus Manitús domésticos, ó los Dioses públicos, podrian tener contra ella alguna queja. « Yo

« les pido perdón á todos , clamaba aquel
 « alma angélica , si acaso les he ofendido en
 « alguna cosa sin saberlo ; yo doblaré el
 « cuidado de mis deberes ; yo no pido para
 « mí ningún bien , yo estoy pronta á sufrir
 « toda la pena que merezca , yo la acepto
 « gustosa y humillada ; yo no pido sino la
 « vida de esta inocente que jamás ha pecado ;
 « ¡ que se salve mi hija , que no le aleance
 « á ella la desventura de sus padres ! »

Como estas fueron tus amarguras , O desgraciada Agar , en el ardoroso desierto , cuando apartando de Ismael tu vista , dijiste : « Yo no veré morir á mi hijo ! »

Celuta extendía sus ojos por el río solitario y por aquella ribera desamparada : tan pronto se decidía á seguir caminando , y contaba las horas que podría vivir sin tomar sustento aquella huérfana en vida de sus padres ; tan pronto se arredraba y volvía á parar , por temor de empeñarse á la noche en lugares desconocidos y topar con las fieras : la idea de abrir una fuente en sus venas y ofrecer á la hija por intervalos su propia sangre , dominaba en su espíritu per-

turbado. En estas ansiedades, recorriendo mil y mil veces con la vista la soledad, divisó algunos humos entre los árboles de unos valles profundos, que se extendían á derecha del promontorio, inmediatos, al parecer, á la ribera. La atribulada madre da un grito de alborozo, no vacila ya mas, y esforzando la marcha, baja las cuestas, corta por los atajos, atraviesa dos rios esguazando, penetra por los zarzales y las malezas de una larga llanura pantanosa, ve los humos mas cerca, se da mas prisa; pero la noche llega, las sombras caen y se espesan; ya no hay mas guia; la triste peregrina va caminando á la aventura, y al cabo de tres horas, y de mil vueltas y revueltas, llega á salir á la orilla del Meschacébe.

La luna comenzaba á mostrarse, y deramaba sobre las ondas ménos luz que tristeza y desmayo. Celuta seguía adelante, y cuando casi moría su esperanza y sentía ya sus fuerzas acabarse, ve unas barcas de pescadores baradas en las arenas, mira al rio y descubre á lo léjos un batelillo que se movía derecho hácia aquella ribera. El cora-

zon de la muger fuerte le batia á un tiempo de temor y esperanza. Sea quien fuere, ella aguarda, llega el ligero esquife, y he allí salir un Negro, medio desnudo con un paño color de púrpura á la cintura, y una corona de plumas y de oropeles en la cabeza. El bizarro Africano sacó el bote del agua, y con el rostro vuelto hácia el rio, extendia los dos brazos y parecia dirigir palabras apasionadas á algun objeto invisible. No era desconocida aquella voz á la India: este Negro era Imley, el vecino antiguo de su cabaña, que habia labrado algun tiempo unas tierras contiguas á los huertos de Tahamica, á quien ella habia socorrido muchas veces. Celuta no tardó en conocerle; Imley la reconoce á su vez, y admirado de aquel encuentro, exclama: « ¡ Celuta! ¡ O formidable Niang! (1) ¡ Celuta aquí! » Celuta respondió: « Sí; vengo peregrinando de la ciudad de los Llantos; la cierva de los Natches va á perder á su cervatico, ¡ véle aquí! porque su seno se ha secado. »

(1.) Dios del mal: el Arimanes de los Negros.

Imley entonces : « La cierva de los Ná-
 « ches no perderá el cervatico , yo le bus-
 « caré una gacela de la piel negra que le ar-
 « rime sus nbres. Celuta es bella como una
 « Fetiche benévola. »

— « ¿Y á Imley quien lo ha traído á es-
 « tos bosques? » dijo Celuta.

— « Mi antiguo amo , respondió el Ne-
 « gro, despues de apalearme porque yo ama-
 « ba la libertad , me vendió al habitante de
 « la casas vecinas. Aquí comienzan los vie-
 « jos lindes de los Náches ; ven , sigueme ;
 « yo te daré maiz, y tu niña mamará cuanto
 « quiera : los Blancos no sabrán nada de
 « esto. »

Mientras iban andando , le dijo Imley :
 « Y tú , pobre Celuta , eres siempre desgra-
 « ciada?... Yo tambien , yo tambien soy des-
 « graciado de dia, pero de noche !... » Imley
 se puso un dedo en la boca en señal de
 misterio.

— « Yo me alegro , dijo Celuta , que si-
 « quiera de noche no lo seas : cuanto á mi,
 « las lágrimas son á cualquiera hora mi
 « pasto. »

— « Celuta , siguió Imley , si tu supie-
« ras !... ; Es hermosa como la palma del
« desierto ! Cuando ella dice á la risa que
« venga á visitar sus labios , se parece
« su dentadura al rocío que amanece cua-
« jado sobre las hojas encarnadinas de los
« beteles. »

El hijo de Châm deteniendo de repente á
Celuta , y mirando hácia el Meschacébe ,
« ¿ Ves tú , le dijo , las cimas argentadas de
« aquellos ocozoles , allá abajo , sobre las
« aguas ? ¿ Ves tú , luego , en el rio las som-
« bras de los cipreses , ménos hermosas que
« la frente de mi querida á la luz de la no-
« che ? ¿ Ves tú las dos columnas de aquellos
« dos papayos , por medio de los cuales cen-
« tellean dos luceros , como los ojos de mi
« Izefer cuando levanta sus brazos para
« enlazarse al cuello de su amante ? Pues
« bien ; esos son los árboles de una isla.
« ; Isla de amor , isla de Izefer , isla de las
« delicias , las ondas no cesarán de alegrar
« tus orillas , ni los pájaros de encantar tus
« bosques , ni los céfiroes de suspirar el de-
« leite en tus frescos sombrages ! ; Allí , allí

« es , amiga mia Celuta!.... Ella habita en
« el otro márgen ; yo tengo aqui mi tambo
« en esta ribera : Izefar atraviesa á nado
« todas las noches aquel brazo de rio para
« venir á la isla ; su Inley está allí siempre
« el primero. Yo recibo á Izefar al momento
« de salir de la onda , yo la escondo en mi
« seno , yo le sirvo de abrigo y de vestido :
« nuestros besos son mas pausados que los
« que dan las brisas á la flor del aloes al
« caer de la tarde ; dos hermosas serpientes
« negras se estrechan ménos que nosotros :
« allí cabeceamos medio dormidos , á la
« orilla del rio , apostando á pereza con sus
« ondas.

« Muchas veces , tambien , hablamos de
« la patria y cantamos Niang , Zanhar (1) ,
« y los amores de los leones. Yo me pongo
« todas las noches este adorno , como el que
« yo llevaba cuando era libre en los bosques
« de los bananos de Madinga. Olvidado de
« mis cadenas , agito la fuerza de mi mano
« en los aires , y me parece que estoy lan-

(1) Dios del bien.

« zando la azagaya contra el leopardo , ó
« que escondo en la boca de la pantera mi
« brazo izquierdo aferrado en el guantelete
« de corteza. Todos estos recuerdos llenan mis
« ojos de lágrimas , lágrimas por la patria ,
« mas dulces que las que llora el benjui , mas
« suaves que el humo de la pipa que se ha
« cargado de incienso. En aquellos momen-
« tos , me imagino que estoy bebiendo con
« mi amiga la leche del coco bajo la arcada
« de las higueras , ó que voi vagando con
« mi gacela , horro y libre , por las selvas
« de los girofles y de los sándalos. ¡ Oh ! sí
« algun dia.... ¡ Oh ! Izefar !... ¡ como sere-
« mos felices !... Imley no tomará mas mu-
« ger que á ti ; contigo sola se llena mi cora-
« zon : yo te amo , yo te adoro , yo me
« abraso de amor : yo siento aun en mis la-
« bios el perfume embriagante de tu aliento ;
« todo lo que tocas se vuelve delicioso ; yo
« querría devorar las hojas de tu lecho , por-
« que tu cama es divina , ¡ O hija de la No-
« che ! ¡ divina ! , sí , como el nido de la go-
« londrina africana que se sirve en la mesa
« de nuestros reyes , hecho con despojos de

« flores , amasado con ambar , saturado de
« toda suerte de aromas y de esencias. » Im-
ley decia estas cosas , y acabado de hablar,
besó el aire inflamado en su rededor , y en-
cargó á aquel éter ardiente fuese á buscar
los labios de su amada , como la estrella vo-
lante que se enciende en las noches de es-
tío , portadora de los suspiros y de los men-
sages secretos de los Genios.

A este tiempo empezó á llorar la sufri-
dora Amelia. Imley puso una mano sobre la
cabeza de la madre y le dijo : « ¡ Tú eres
« la muger de las tribulaciones ! »

Celuta le respondiò : « Yo ruego al Grande-
« Espíritu que Izefar tenga entrañas mas di-
« chosas que las mias. »

El hijo de los pueblos de Cain replicó con
vivacidad : « Yo amo á Izefar como á las
« niñas de mis ojos ; pero su seno no llevará
« jamas ningun esclavo : los elefantes me
« han enseñado su prudencia.... Ve abí ya
« las casas ; tu niña estará contenta bien
« pronto. »

La India y el Negro atravesaron unos
huertos donde los pobres esclavos sembra-

ban el maiz y las papas que les servian de alimento. Las chaeras estaban todas silenciosas, no se via ni una luz, ni se oia respirar: en la tierra extranjera, en la dura yacija del siervo, las ilusiones de la patria y la libertad entretenian el sueño de aquellos desterrados. Imley le decia á Celuta: « ¡ Que bien que duermen mis hermanos los « Negros! ¡ Los tontonazos! ¡ Estan adqui- « riendo fuerzas para trabajar por un amo! « Yo... » y movia la cabeza á los dos lados.

El Africano empujó una puerta dulcemente, se quitó el penacho y el paño, los escondió, y tomó la ropa de esclavo. « Ten « paciencia, Celuta, le dijo; nuestros ámos « pretenden que el vestido de mi pais es « una mala Fetiche que les traeria desgra- « cia.... Ahora bien, ¿conoces tú á Gla- « zirna? »

— « ¿ Glazirna? dijo Celuta, ¿ la qué so- « lia venir á los Natches á vender telas de « la colonia, á quien protegia mi hermano « Artaguetes? »

— « La misma, contestó Imley; la que « llevó de la mano á su campo á ese buen

« capitan el dia que tú lo salvaste. Esa pues
« será ahora tu consuelo ; espera. » Imley
despertó á la Negra y le dijo : « Levántate,
« Glazirna , ven á hacer una buena obra ;
« Aquí tienes á Celuta, la hija de Tabamica
« que partia su pan con los Negros. » Gla-
zirna dejó al instante su hamaca , se fué al
hogar , y soplando unas brasas medio apa-
gadas , echó encima algunos gabazos de ca-
ñamieles. La llama se levantó , la Negra
acudió á su huésped , y las dos madres se
abrazaron llorando. « Contigo y con René
« soñaba yo en este instante , dijo Glazirna ;
« yo no habia podido olvidaros. Porque iba
« yo á vuestra choza con alguna frecuencia
« y le llevé algunas cartas del capitan á tu
« esposo , me han vendido á otro dueño que
« me ha traído á este nuevo destierro. Tú
« vendrás , á lo que yo infiero, de la Nueva
« Orleans ; yo habia sabido vuestros traba-
« jos , y que tu hermano adoptivo habia
« salvado á René ; ¿ pero como tan sola ,
« hija de Tabamica ? ¿ qué has venido á bus-
« car á esta tierra del infortunio ? »

— « Buena madre de los paises lejanos ,

« dijo Celuta , mis desgracias son largas : yo
« venia á buscar á mi marido , y los Genios
« me han negado su amparo y han cercado
« todos mis pasos con vallados de espinas.
« Mi seno se ha secado en el desierto ; mi
« pequeñita ardilla blanca tiene hambre y
« sed ; todo el peso del dia y de la noche lo
« ha llevado sin ningun refrigerio ; yo no
« he tenido otra cosa que darle sino mis lá-
« grimas. »

— « ¡ Oh ! qué dolor de hija ! exclamó
« Glazirna , dámela , no te tardes ; mis pe-
« chos corren mas abundantes que las fuen-
« tes del Zaira (1) ; mi hijo tendrá esta no-
« che una amiga convidada á su mesa : ven,
« mira aquí mi alegría. »

« Glazirna destapó el humilde camastro
del niño esclavo , se sentó en una estera , le
colgó al uno de sus pechos , y al otro puso
la niña blanca de su huésped.

Cuando la esposa de René vió aquella
pobre y buena Negra acariciar en su seno
las dos pequeñas criaturas , tan extrañas la

(1) Rio del Congo.

una á la otra por sus países , tan diferentes por su raza , tan parecidas por su miseria ; euando observaba el ansia con que la hambrienta Amelia chupaba el néctar de la vida , sin asustarse , sin extrañar la piel atezada de su caritativa nodriza ; euando oía los cantarcellos y los arrullos del lenguaje materno , uno mismo bajo todos los climas , con que festejaba Glazirna á aquellos dos gemelos de la fortuna : euando contemplaba á su hija dichosa en el triste aduar de los esclavos , su pensamiento y su corazon se elevaban á ideas sublimes y á sentimientos generosos que no conoce el rico feliz , y que al modo de ciertas flores no aman mostrarse sino en los techos y en los umbrales de los pobres. Celuta estaba á los pies de Glazirna y besaba las dos cabezas unidas de los tiernos mamones : el uno tenia la cabellera dorada de la mañana ; el otro la gasa oscura de la noche.

La inocente pareja no tardó en quedarse dormida. Inley rondaba afuera temiendo que se levantase el preboste y les hiciese un delito de su piedad. Celuta contó á Glazirna el fracaso de los piratas y la aventura del

cocodrilo. « ¡ Oh mi pobre Celuta ! exclamó
 « la Africana , yo creia que los Dioses de esta
 « tierra eran solo crueles con los Negros.
 « ¡ Miserable de mí que no podré acompa-
 « ñarte ! Yo te daré , hija mia , un encanto
 « de mi pais contra las fieras del desierto.
 « Lo que urge ahora es que corran las fuen-
 « tes de la vida para tu Amelia : yo tengo
 « aquí el bendito Chinsang (1) y la Clan-
 « destina (2) ; voy á hacerte una bebida ad-
 « mirable : dentro de pocas horas , yo te lo
 « afirmo , la poderosa Agoye (3) , á quien
 « yo te encomiendo , te volverá el dulce don
 « de las madres : si tienes hambre , súfrela
 « un poco tiempo por amor de tu hija. »

(1) En español se da tambien á esta planta el nombre de *Panace*. Los Franceses escriben con *Ginseng*, *Genseng*, *Gingeng* y *Ginsin*. El que desee saber cuanto se ha dicho de las virtudes maravillosas de esta planta , podrá consultar á Breynio *Tract. de Gins-eng radice* , y al P. Lafiteau , *Mém. sur le Gins-eng*.

(2) Planta de la familia de las Verónicas.

(3) Fetiche muy reverenciada en la Costa de los esclavos.

La piadosa Glazirna se levantó á componer la bebida y siguió diciendo : « Hermana mia
« Celuta , tú te estarás con nosotros á lo
« menos un dia. Yo te llevaré á un escon-
« dite en el bosque donde tengo mis Bom-
« bos (1) y los adoro en secreto : no me
« atrevo á decirle nada al dueño de estas
« labores que aborrece de muerte á los des-
« graciados ; el sonido del llanto le ofende
« mas que el estrépito del granizo cuando
« cuajan los frutos : un hombre moribundo
« con quien tropieze en un campo , no le
« hará detener su camino ni podrá sacarle
« una lágrima. No tiene hijos , y su esposa
« es mas infeliz que los Negros : no le he-
« mos visto nunca la risa ni semblante de
« paz ; la cólera está de asiento en su corá-
« zon , y la blasfemia habita en sus labios :
« no cree que hay Dioses , ni reconoce en
« la redondez de los cielos y de la tierra
« mas Fetiches que la plata y el oro. Tal es
« nuestra triste suerte , Celuta mia : para
« ejercer la caridad como ahora , si por caso

(1) Idolos de los Negros del Congo.

« suena su báculo en nuestras puertas el pe-
 « regrino, es menester guardarnos de nues-
 « tros cómitres. Yo te aviaré por el pronto
 « un cestico de provisiones, y te llevaré á
 « mediodía alguna cosa caliente de nuestro
 « rancho: á la noche, en estando todos dor-
 « midos, yo te iré á acompañar y llorare-
 « mos á manta donde nadie nos oiga. Mi
 « corazon no está hecho del acero de los
 « Blancos, ni yo nací sin padre y sin ma-
 « dre, si bien me vendió mi madre por un
 « collar!»

De esta suerte se entretenian, y se daban cuenta las dos amigas de sus desdichas, cuando se oyó sonar el despertador de la quinta. Imley entró dando prisa; Glazirna sacó una copa olorosa de búcaro, puso en ella la confeccion saludable y la presentó á la viagera. Despues tomó á Amelia, le dió el pecho, y llevó á su madre al albergue prometido.

A la hora en que las cigarras, afligidas por el calor, suspenden sus cantos, oyó Celuta un grito de los que dan los Negros para alejar las serpientes y las panteras.

Poco despues vió á Glazirna que acercándose recelosa y mirando atras , no la viesen los Blancos , se deslizó en el bosque y dejó al pié de un árbol alguna cosa cubierta con flores. La India salió y encontró un canastillo con panojas asadas , batatas , y dos calabacinos , el uno lleno de leche para su hija , y el otro que contenia la bebida maravillosa. Este contrabando piadoso de la virtud y la miseria se hacia á las puertas del rico insensible , mientras éste se divertia con sus perros y sus caballos y les llevaba el pan blanco de su mesa.

Las sombras volvieron sobre la tierra. Era ya la segunda vigilia de la noche , euando Celuta oyó moverse unas ramas y sonar pasos cerca de su retiro : sus manos extendidas en las tinieblas encontraron las de Glazirna. La prosperidad es de ordinario egoista y mira con envidia y oposicion los contentos agenos ; mas las lágrimas de los desgraciados , unas á otras se buscan , y se atraen y se allegan , á la manera de aquellas tintas simpáticas que atraviesan un libro misterioso , y que hacen parecer , confun-

diéndose, los renglones ocultos trazados ántes por el amor.

La muger negra llevaba tambien á su hijo, se lo entregó á Celuta, y pidióle su Amelia que dormia en el zurrón. «Matrona « amiga de los Genios benignos, clamó Celuta, el prodigio está hecho; la vida corre « otra vez de mis entrañas.»

— «Yo estaba bien segura, dijo Glacirna, « del favor y del poder de mis Bombos; yo « quiero que mi pimpollo negro pruebe « tambien la leche santa y milagrosa.» Las dos mugeres se sentaron debajo de los cachos bermejos de un terebinto, y cambiadas las mesas de los dos hijos, platicaron muchas cosas piadosas. Cuando salió la luna, se levantó Glacirna y pronunció arrodillada unos rezos sobre la hija de Celuta. Luego tomó un sportillo de palma que tenia atado en la cintura, sacó una tórtola, le habló palabras secretas al oido y la echó á volar. Este emblema de un alma pura que sube al cielo suelta de las prisiones de la vida, hizo estremecerse á Celuta. «¿Es que tú creés, dijo la India, que mi hija se va á morir?»

— «Nó, respondió Glazirna ; ese pájaro
« va á llevar al formidable Niang las pala-
« bras que yo le he dicho en favor de tu hija ;
« que le dé salud y buena ventura , y que
« aparte de ti y de su padre el talisman de
« la desgracia. Yo espero que estos ruegos
« no sean perdidos , porque debes saber que
« soi Beta (1). Cuando yo comenzaba á gus-
« tar la vida , y tenia mi libertad , me con-
« sagró el Chalombe (2) de los Gangas (3)
« al clemente Bossum (4) y á la benéfica
« Agoye. Yo he cantado en los templos y he
« hecho figura en las danzas sagradas : tenia
« yo entonces la voz de una calandria , y
« ninguna podia igualarme con el pandero
« en los doce coros de las vírgenes. Mi gar-
« ganta decian los Negros que era una lira
« en la mano de un ángel : cuando bailaba
« me comparaban á una palmera nueva que
« se columpia entre las brisas. Todas estas

(1) Sacerdotisa.

(2) Gefe sagrado.

(3) Sacerdotes del reino del Congo.

(4) Fetiche ó Genio tutelar de la Guinéa baja.

« dichas pasaron como un arroyo , que en-
« tra rico y boyante en el desierto , y á poco
« trecho se desaparece entre las arenas. Mu-
« rió mi padre , y amó mi madre otro Ne-
« gro que tenia tambien una hija en el tem-
« plo. Esta me aborrecia ; mi madre estaba
« loca de amor por su nuevo esposo , y le
« dió el contento de venderme. De aquellos
« pocos dias de mis glórias no me ha que-
« dado otra cosa que su recuerdo , y la de-
« vocion á los Dioses de mi patria. Aquí he
« podido hallar esa cueva ignorada , y me
« vengo á llorar con ellos algunas veces , les
« encomiendo mis lágrimas , y entretengo
« así mi esperanza. Esta buena Fetiche no
« abandona jamas á los desgraciados mien-
« tras son buenos y piadosos ; si sus prome-
« sas fallan en este mundo de amargura ,
« cuando muramos seran cumplidas en
« las Islas de la Bonanza , islas santas y
« afortunadas que las cubren los ángeles
« con sus alas , y no haya miedo que vayan
« allí los Blancos á turbar el reposo de los
« justos. »

Muchas mas cosas iba á decir la religiosa

Glazirna, cuando vieron venir un Negro que parecía volar por la selva. Era Imley, y no tardaron en conocerle por el plumage. « ¡Felicidad! ¡Felicidad! » fueron sus primeras palabras. « Tornando yo de la isla de los amores, siguió diciendo, he topado un convoy de Indios que suben de la feria. Muchos de ellos conocen á Celuta : entre estos hay dos Panimas que dicen ser sus parientes : yo les he hablado, y estan prontos á conducirla, y se han quedado esperando en la rada inmediata. No hay que perder un instante : son cuarenta guerreros, bien provistos de hachas y carabinas, que no temen á los piratas. Anímate Celuta : nosotros tenemos leche y llevarás una calabaza para tu niña. Mi Izefar te envia mil saludes, y desea que llegues bien pronto á los brazos del que tú amas : su deseo ha sido una bendición y se va á cumplir. »

« Imley, dijo Glazirna, los Dioses estan benignos; ya van hoy dos prodigios con este; la gacela del Nátche tiene sus ubres rebosando : no hay que hacer otra cosa

« sino disponer la partida. ¡ Feliz , mil ve-
« ces feliz , que mañana dormirá en sus ho-
« gares !... Pero , Celuta , ántes que te va-
« yas , juntemos aqui unas piedras y levante-
« mos un alto que atestigüe á los cielos nues-
« tra amistad y la gratitud á sus beneficios. »

Y al momento alzaron un ara , la cubrieron con yerba y la rociaron con leche de sus pechos. ¡ Religion , dulce amiga de los que sufren , de cualquier modo que tú te expliques , tú eres la misma en todas partes !

Unos pocos instantes estuvieron despues abrazadas las dos madres sobre el piadoso monumento ; luego puso Celuta el collar de oro de su hija al Negrillo y partió con Imley. A éste le dió en el camino un sartal de perlas para Izefar. « Ellas le sentarán , dijo Imley ,
« sobre la hermosa gorja de ébano , como la
« zona blanca que se extiende en medio del
« cielo sobre el manto terciopelado de la
« noche. »

Los Indios recibieron con grandes muestras de aprecio á la bella Natchesa , á quien hacian ya célebre entre los pueblos sus desgracias. Los dos Panimas la llevaron á su

piragua, y á una señal la flotilla salvage soltó sus velas, y barrieron los remos, á lo ancho, las ondas del Meschacébe. Celuta contó á sus deudos la aparicion espantosa de los forbantes y la horrible tragedia del esforzado Tagoselin y de los seis valientes bogadores. Los Panimas gemian de dolor y de despecho, y juraron armar seis naves, y correr y explorar los rios y los lagos, y no tomar descauso hasta hallar á los malhechores y haber vengado al patriarca del Ohio. Los piratas, en tanto, se hallaban bien cerca de ellos; una de las piraguas que iba delante, creyó verlos, encendió dos faroles y dió señal de llamada á las otras velas: un momento despues brilló el fuego y resonó el estallido del bronce. Eutonces se vió salir de un recodo una nave que parecia una niebla deshecha y arrebatada por los vientos: nadie dudó que era aquella la nao enemiga; todos los Indios ocuparon los bancos, todos los remos azotaban el agua á un tiempo, y las quillas hacian volver atras la corriente. ¡Vanos esfuerzos! La nao desapareció como un pájaro forastero que ha venido con las

tormentas , y á la vista del cazador , toma otra vez el vuelo , se remonta y se pierde en los torbellinos.

Tal era el astro de Celuta : todo el camino fué para ella una congoja continuada: en una de las piraguas se pegó fuego por la mañana ; en otra riñeron dos Indios embriagados y hubo una muerte ; otra , en medio del dia, zozobró tropezando en un leño que acarreaban las aguas. Las eumbres de los Nátches , cuando estaba ya cerca , le parecieron llenas de sombras en medio del sol brillante de la tarde ; su corazón se queria alegrar á la vista de la patria , y á pesar suyo la estremecian aquellos campos deseados. Llegada en fin á las riberas natales , llena el alma de temores y de esperanzas , bajó á tierra con un pié tímido , y humillada se puso á orar y á dar gracias.

El primer objeto que al alzar de la tierra sus ojos se ofreció á sus miradas , fué el feroz Onduré que se paseaba en aquella orilla; el primer parabien de su vuelta le fué dado por aquel monstruo. Onduré se atrevió á abrazarla. Celuta retrocedió con espanto cual

si viera otra vez el cocodrilo ; despues le dijo con la voz trémula , y sin embargo sublime y dominadora : « Tutor del Sol , si tú
« te alegras de mi vuelta , dame nuevas , lo
« primero de todo , de mi esposo : ¿por ven-
« tura no eran sus brazos los que hubiera de-
« seado mi alma encontrar en este sitio ? »

Onduré temblaba de ira y de amor , y le dijo : « Muger heróica , tu esposo ha corrido
« por cuenta mia en el tiempo de tu ausen-
« cia , y ha salido estos dias atras encar-
« gado de una mision honorifica del imperio :
« Akansia lo ha colmado tambien de favo-
« res , y lo ha nombrado maestro del jóven
« Sol : tu marido será feliz ; aun me quedan
« que hacer por él muchas cosas. »

El primer efecto que produjeron estas palabras sobre la esposa amante , fue un movimiento de alegría y de consuelo , imaginándose en aquel punto que su marido cogia ya el fruto de la heróica resolucion que lo habia llevado á la Nueva Orleans , y de los duros trabajos y los peligros á que se habia votado por su tio Adario y por su patria adoptiva. Pero ella notó al propio tiempo

en los ojos y el gesto del tirano alguna cosa horrible que desmentia lo que pronunciaba su lengua, y modesta y contenida le dijo :
« A mi me basta que René viva y que se
« encuentre libre de las calumnias que le
« han movido sus enemigos : en verdad no
« ha venido él á buscar los honores y el
« mando , sino la paz. »

« La paz , dijo Onduré , yo te aseguro
« que la tendrá ! » El tono con que Onduré pronunció esta frase enigmática , mas que de una promesa , le pareció á Celuta de una horrible amenaza. Ella hubiera querido explorar el ánimo de aquel hombre temible , pero estaban delante los Panimas y comenzaban á llegar los Salvages por todas partes. La voz de que Celuta habia vuelto , corrió al instante á la aldea y venian los habitantes en turbas : Mila y Otugamiz acudieron entre el bullicio , y los tres hermanos , mudos de gozo y de cariño , juntaron sus corazones palpitando. Mila fué la primera que habló , y le dijo : « Yo soy ya la muger de tu
« hermano ; pero tú seras serás siempre , Ce-
« luta mia , mi mamica. »

— « ¡Tú eres ya la muger de mi herma-
« no! (dijo Celuta con cierta especie de ale-
« gria de la cual no se pidió cuenta á si
« misma) ámale pues y comparte con él sus
« penas. »

— « ¡Oh! dijo Mila, por lo que es eso,
« yo he llorado ya por tu hermano en po-
« cos dias, mucho mas de lo que he llorado
« por mí desde que me echaron á este
« mundo de lágrimas. Nuestras penas estan
« ligadas, las tuyas, y las mias, y las su-
« yas, como las ramas y las espinas de las
« zarzas. »

Onduré se salió del bullicio, ardiendo en la llama impura que deshacia sus entrañas. La fiebre de sus pasiones se exacerbaba á medida que via mas cerca el logro de sus delitos. Celuta, vuelta de sus trabajos, pareció mas divina que nunca á los ojos del malvado. Una muger dolorida, que se ha mostrado heróica en la adversidad y ha hecho cosas extraordinarias, tiene atractivos irresistibles: tanto como se eleva el alma hácia el cielo, otro tanto se aumenta el hechizo y la gracia de las formas corpóreas,

y el criminal para su tormento y el de su víctima, es una cosa vista y que aflige y asombra, ama mas la belleza que está realzada por la virtud.

Un gran número de matronas y de guerreros fueron acompañando á Celuta hasta la cabaña de Otugamiz. La hija de Tabamica hallaba una buena acogida en todos los corazones (¡quien hubiera podido dejar de amarla!); pero Celuta notaba en las gentes de su pais alguna cosa nueva, cierta especie de gravedumbre, un hablar retenido y como pensado, un fondo de tristeza disimulada que robaba el color ingénuo de la alegría, un modo de mirar azorado y cauteloso, una calma afectada, y una manera de palabras enfáticas, que denotando paz con los Blancos, parecian muy mas bien un murmullo de guerra. Fuera de Mila y Otugamiz, nadie le hablaba de su esposo, nadie le daba la enhorabuena de los honores á que habia sido elevado, y ella veia claramente que evitaban hasta el nombrarle. Mila propuso un banquete á las principales matronas y á los amigos de Otugamiz, y

los mas de los convidados dieron excusas ; no se echó ningun brindis en la mesa ; Mila y Otugamiz ellos mismos no se atrevieron , por temor de que alguno rehusase delante de Celuta beber en honor de René. Tal era ya el progreso que habian hecho las asechanzas y las negras maquinaciones que agitaba Onduré. Todo el pueblo estaba á su voz , toda la opinion dirigida por sus satélites, todos sus odios inoculados y fermentando en la muchedumbre , todas las voluntades apercibidas á ciegas á sus designios horrorosos.

Acabado el banquete , se retiraron los dos Panimas cargados de presentes que Otugamiz les hizo admitir en memoria de su hermana : la noche vino , y se fueron los demas convidados. Cuando estuvieron solos los tres hermanos , preguntó Celuta con ansia, que era lo que pasaba en los Nátches , cual era la situacion verdadera de su esposo , que nublado era aquel que ella habia observado en todos los semblantes , que miras y que proyectos tenian ausentes á un mismo tiempo , y apartados uno de otro , á René y á Cháctas,

que era de Adario y de su hija, de que manera se comportaban los Blancos, si se temia la guerra, si aun desconfiaban los Indios, despues de tantas pruebas, de la lealtad de René? Otugamiz y Mila procuraban calmar su inquietud, y refiriéndole algunas cosas de los sucesos que ella ignoraba, y pintándole la tristeza de los Natches como el efecto del abandono que se habia hecho de una parte de las tierras sagradas, por piedad le ocultaron aquella noche el cuidado que á ellos mismos les roia el alma sobre René. Celuta no quiso ser importuna, pero sus dudas y sus temores eran tanto mas grandes, cuanto Mila y Otugamiz, mal acordes sus ojos con sus palabras, hacian mayores esfuerzos por paliar la verdad. Ella resolvió ver á Adario, preguntarle la explicacion de aquellos misterios, contarle, si él lo ignoraba, lo que su esposo habia hecho y habia sufrido en la Nueva Orleans, consultar con él los recelos que le causaba Onduré, y pedirle que al ménos, en aquella ocasion en que Cháctas se hallaba ausente, no le rehusase su proteccion y sus consejos.

Por la mañana, al primer crepúsculo, dejó á su niña dormida, se cubrió con un velo y salió á los ejidos. Allí le preguntó á un cazador si sabia hácia que parte habitaba Adario. « En aquel bosque » le respondió, y le señaló el lugar con el arco. Celuta siguió adelante, penetró en la espesura, y al tomar la vuelta de un tajo donde se despeñaba un arroyo, vió una muger sentada en un balate, con los brazos cruzados y la vista en el bosque. Celuta le preguntó por Adario. — « ¿Quién? ¿mi padre?, le respondió, « véle allí. »

— « ¡ Oh dolor! ¡ Oh mi prima! exclamó « Celuta quitándose el velo; ¿es posible? « ¡ yo no te habia conocido!... »

— « Habla quedo, le dijo aquella infeliz, « mi padre ama mucho el silencio: yo me « alegre de verte. »

— « Yo querria hablarle » dijo Celuta. — « Anda pues, respondió su prima, y procura « ser discreta. »

El Sachem estaba vagando entre los árboles al modo de las sombras y las fantasmas de la noche, que de dia se retiran á lo

interior de los oquedales; su cabeza calva y sus miembros medio desnudos estaban húmedos del rocío: su hacha tan terrible en los combates, la tenia al hombro, y la cuchilla tocando casi al oido parecia estarle hablando y aconsejandole la venganza.

La sobrina de Adario, sin atreverse á llamarle, fué siguiendo sus pasos lentamente. El Sachem volvió la cabeza, y Celuta quedó asombrada de ver la figura de su rostro y la expresion dolorosa y austera de sus ojos. « ¡Tio mio! ¡Tio mio! exclamó, ¡Grande « Adario! ¡qué estado es este en que yo te « encuentro! »

— « Si, hija mia, véme aquí! » dijo Adario, y señalando á la tierra con una mano, y levantando la otra á la bóveda de los árboles; « esa es la cama, añadió, y este es « el techo que me han dejado los extran- « geros! »

Celuta, vuelta un tanto de su sorpresa, le dijo: « ¡Sachem, Sachem, ya esto es « mucho! ¿De cuando acá te abandonó tu « constancia! ¿Como has podido olvidar

« hasta tal extremo tu gloria , tu dignidad ,
« tu existencia ! »

— « ¡ Mi gloria ! ¡ mi dignidad ! ¡ mi exis-
« tencia ! replicó Adario. ¿ Sabes tú lo que
« dices ? Mi gloria ha sido manchada y la
« ha conculcado una raza impía. Ven , mira
« aquí todavía la señal y el surco de la ca-
« dena afrentosa que ha llevado tu tío entre
« los mismos hombres que habia aterrado
« su macana. ¡ Mi existencia ! .. anda y busca
« á mis hijos : ¡ ellos podrán levantar mi ca-
« baña y sostener mi vejez ! »

— « ¿ Quien soy yo para responderte !
« dijo Celuta ; mas yo lo he oido , yo lo
« aprendí de tu boca , que la injusticia de los
« hombres no infama , sino que al contrario
« realza al que la sufre y hace frente á la
« adversidad. Cuanto á tus hijos , la pérdida
« es horrorosa , y ningun llanto es bastante
« para condoler tal estrago ; pero aun te
« quedan con esa hija , tus dos sobrinos que
« te aman y te veneran como á un padre :
« aun te queda , ¿ por qué no lo diré yo
« tambien ? el hombre generoso que fué á
« ofrecer y á votar su vida.... »

— « Ten , ten tus labios , exclamó Adario
« interrumpiéndola ; ¿ á quien vas á nom-
« brar ? ¿ á ese oprobio de nuestra casa que
« la cólera de Atahansía vomitó en su fu-
« ror contra nosotros ! ¿ Has venido á insultar á tu tío , ó á verle y á consolarle ? Si
« por desgracia aun estás apegada á ese
« monstruo de perfidia , si á tal punto de
« humillacion ha descendido tu alma , que
« aun sea capaz de amar á ese infame ban-
« dido , huye léjos de mí y no profanes
« este postrer asilo que le ha quedado á mi
« desgracia. »

Celuta levantó los ojos al cielo y pareció llamar con su vista al universo entero en favor de su esposo : un instante encontró su lengua baldada y entredicha ; otro instante despues , recogiendo todas las fuerzas de su espiritu , dijo á Adario : « Sachem , ni tú
« me creés capaz de venir á insultarte , ni
« tú sabrias ofenderte de que yo defienda
« á mi esposo. Tú has formado mi corazon,
« tú has hecho todas las veces de padre
« conmigo y tú debes conocerme : yo te
« ruego que no te irrites de que cumpla un

« deber que tú mismo me has enseñado.
« Fuera aparte de este deber, yo le amo,
« yo le adoro, yo me honro de amarle y de
« adorarle, y este amor no es flaqueza ni
« liviandad; mi razon y mi voluntad estan
« las dos de acuerdo en quererle. Yo soy el
« mejor testigo de su vida, y lo amo otro
« tanto mas, cuanto veo en él un hombre
« muy desgraciado que merecia ser feliz
« por sus virtudes. No te alteres, Adario,
« escucha,... ¡Infeliz de mí! si yo estuviera
« engañada, yo no querria salir de este
« error; pero mal podria defenderle sin sa-
« ber lo que le acumulan; véme aquí pronta
« á juzgar al hombre de mis entrañas, ha-
« bla, no ocultes nada, ¿que ha hecho René!»

Adario se apoyó contra una encina, y refirió á Celuta la larga serie de infamias y de delitos de que le tenian persuadido que era culpable el hijo de Cháctas. Al principio estaba la India tímida y agitada; pero á medida que iba escuchando y agravaba el Sachem aquellos cargos fantásticos, su semblante se serenaba, y se agrandaba su corazon. Acabado aquel penoso discurso,

con aire soberano le preguntó y le dijo :
« ¿No hay mas?... ¿No hay ya mas? Véme
« aquí consolada ; ya tengo vida , ya res-
« piro! ; Querido y desgraciado esposo de
« mi alma , si yo hubiera podido sospechar
« alguna cosa de ti , al presente tú estarías
« puro á mis ojos como el rocío de la ma-
« ñana ! Que los hombres te declaren cul-
« pable ; yo te proclamo inocente : que se
« conjure contra ti todo el mundo y te abor-
« rezca ; yo tendré la felicidad de amarte
« sin rivales. ¡ Mi marido culpable ! Nó , no
« lo es... te han engañado , noble Sachem :
« mis ojos son mas fieles que tus oídos , tu
« dolor te ha descaminado , tus desgracias
« te han hecho crédulo : tus enemigos tal
« vez.... perdóname que lo diga , algun ri-
« val de tu gloria ha probado á falsear
« tu virtud. Tú me has dicho demasiado ,
« tú me has hablado de Mila !.. Cuando eso
« fuera cierto , te tocaba á ti decírselo á una
« muger? ¿ Era acaso digno de ti , para ha-
« cerme creer las pretendidas traiciones de
« mi marido contra los Náttches , excitar en
« mi corazon el resentimiento de una infi-

«delidad verdadera ó supuesta? ; Yo no
 «pensaba , no , que la nobleza de tu alma ,
 «O hijo del gran Sifanes , fuese capaz de
 «atacar de esa suerte á una esposa ! »

A esta salida impetuosa y valiente de la sobrina , el furor de Adario se enciende y no ve en aquel sacrificio del amor conyugal otra cosa que la flaqueza y el arrebató de una pasion. Herido de las palabras de Ccluta , y mordiendo el hacha furioso ; « ¡ Tiem-
 «bla , tiembla , le dice , miserable sir-
 «vienta de un Blanco , tiembla que un ca-
 «riño indigno y soez en favor de un traidor ,
 «te haga tambien el objeto de mis vengau-
 «zas ! ¡ Miserable de ti , si el amor de la
 «patria no triunfare en tu corazon del amor
 «de un hombre ! Sabe que si tu sangre
 «fuese pedida para salvarla , mis manos ,
 «mis propias manos , la sabrian derramar y
 «te ofrecerian por primer holocausto. »
 Adario se retiró á buscar las cavernas , tan insensible al mal que habia hecho , como el puñal , que no percibe las contracciones ni se resiente de los latidos del corazon que acaba de atravesar.

El golpe habia penetrado hasta las fuentes de la vida ; la victima habia esquivado el tiro mortal al tiempo de recibirle ; pero resfriada la herida, vino el dolor. Celuta no le da asenso á aquella acusacion insidiosa , pero le basta que se la hagan al que ella ama , para sentir hiel y tártagos en su alma : ella no crée la inconstancia de su esposo ; nunca jamas podrá persuadirse que haya sido capaz René de casar con su propia manceba á su noble amigo : ¿ que valen sin embargo , ni la razon ni la generosidad de carácter , ni la grandeza de sentimientos, contra las vagas sospechas que concibe, mal que le pese , un amor leal y apasionado ? Se les resiste , se las rechaza ; mas ellas dejan su estampa y renacen como los sueños pesados que se renuevan entre los vuelcos y los desvelos de una noche penosa.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMO.

Celuta volvió ofuscada y temblando todos sus miembros á la cabaña de su hermano. Mila estaba deshecha acallando á la tierna Amelia que lloraba : su amiga entró, se sentó en una estera, acarició á su hija, y sin darle todavía el pecho de temor de matarla, le pidió á Mila un vaso de sidra. Mila corrió á servirla, y adivinando el motivo de su salida, le dijo : « Si es que yo no
« me engaño, por lo que veo en tu rostro ,
« tu vienes de ver á Adario : ¿ es verdad ? »

— « ¡ Oh ! sí, dijo Celuta ; vengo de ver
« á Adario !.... »

— « Yo te debiera haber dicho , siguió
« Mila, que á tu tio se le ha ido la cabeza,
« que se ha hecho un oso , y que su locura

« es sangrienta. Tu habrás bebido de un
« solo trago la ponzoña ! »

— « ¡Hasta la postrer gota, hasta el poso! »
dijo Celuta,

— « ¿Y has creído tú esos cuentos? » pre-
guntó Mila.

— « Lo que yo creo , respondió Celuta ,
« es que se está tramando alguna cosa hor-
« renda, y que la vida de mi esposo peli-
« gra..... ¡Querida amiga mia, salvemos á
« René!

— « Eso es lo que yo decia, poco hace,
« á tu hermano, contestó Mila; yo le tengo
« casi resuelto á buscar otras selvas : no hay
« mas medio que este para salvar á René y
« que vivamos tranquilos y felices : tú se-
« rás nuestra muger Gefe. »

— « ¿En donde está mi hermano? » le
« preguntó Celuta.

— « ¿Donde ha de estar! dijo Mila; en
« las encrucijadas de los caminos y en to-
« dos los mentideros de los Salvages á todas
« horas, haciéndose encontradizo con los
« unos y con los otros por ver si puede ca-
« lar alguna cosa; pero todos se guardan

« de nosotros como tú has visto y nos tra-
« tan con segunda. ¿Que te ha dicho tu
« tio? »

— « ¡Mi tio! respondió Celuta; cuanto
« se puede decir mas malo de un hombre,
« otro tanto me ha dicho de René! »

— « ¿Pero lo quieren matar? » replicó
« Mila.

— « Yo no sé, respondió Celuta; él no
« me ha dicho lo que intentan; pero infiero
« que sí, porque quiere que le aborrezca,
« y á mí misma me ha amenazado de ma-
« tarme si mi sangre fuese pedida para sal-
« var la patria. »

— « ¡Y tú habrás defendido á René, y
« te habrás tomado quizas con tu tio! » dijo
Mila.

— « ¿Pues qué debia yo hacer, res-
« pondió Celuta, sino defender á mi es-
« poso! »

— « Tú eres una bendita, le dijo Mila;
« no has sabido aprovechar la ocasion. Si
« yo hubiera sido que tú, no hubiera an-
« dado con él en puntas, le hubiera dicho
« á todo que sí, y le habria devanado hasta

« el postrer pelo del corazon. ¡Malditas ca-
 « bezas calvas! Todos los malos Genios se
 « han alojado esta vez en los cuerpos de los
 « Sachems! »

Mientras hablaban así, llegó á la puerta un misionero capuchino, de aspecto venerable y de noble presencia, ya viejo. « Es esta
 « la cabaña de Otugamiz? preguntó el reli-
 « gioso. »

— « Si padre mio, dijo Mila; mi marido
 « no está ahora aquí; pero si teneis priesa,
 « yo iré á buscarle. » A Celuta le dijo:
 « ¡Este padre nos trae alguna buena noticia!»

— « No es menester que os tomeis ese
 « trabajo, respondió el capuchino; yo quer-
 « ria solo que me dijéreis donde podria en-
 « contrar á su hermana Celuta. »

— « Vedla aquí » dijo Mila, aumentán-
 dose su contento y su esperanza.

Dirigiéndose entónces hácia Celuta, le preguntó el misionero si no tenia un hermano adoptivo entre los Blancos.

— « Si, respondió Celuta, el capitau
 « Artaguetes es mi hermano adoptivo; ¿ en
 « donde está ese guerrero piadoso? »

— « ¡ Oh ! está bien léjos en el destaca-
« mento de las minas de Marameg , contestó
« el capuchino ; yo he hecho allí una parada
« y me encomendó que os hiciese una vi-
« sita en su nombre y que os trajese esta
« carta de vuestro esposo. »

— « ¿ De mi esposo ? exclamó Celuta ; ¡ oh !
« ¡ como está ! ¿ donde se halla ? »

— « Yo no le he visto , respondió el mi-
« sionero ; yo no sé mas sino que está.... yo
« no me acuerdo bien si me dijo el capitán
« que en los Chicachas ó en los Cenises tra-
« tando de la division de unas tierras. »

Celuta tomó la carta con mas temor que
esperanza , besó el nema y la puso en su
seno. — « Nosotras no sabemos leer vuestros
« collares , le dijo Mila al religioso ; ¿ que
« es lo que haremos nosotras pobres Indias
« para saber lo que nos dice René ? »

— « Yo os la leeré , respondió , si quereis. »

— « Si padre mio , dijo Celuta ; yo voi á
« haceros un almuerzo ; mientras tanto po-
« dreis tomar algun reposo ; aunque esta no
« es mi casa , á mi me toca el honor y la
« obligacion de hospedaros , entrad ; » y al

instante le dió á Mila su niña y se fué al hogar á hervir la casina (1) y á componer un plato de fiambres. Mila queria que se leyese primero la carta, pero Celuta se hizo desentendida; su alma estaba agitada como si recelase un gran mal. Aquella muger que tenia tanta ansia de saber de su esposo, temblaba de aquel mensage, y la carta en su corazon, pesaba alli como una losa. ¿Qué contenia aquel papel? ¿anunciaria la vuelta de su marido? ¿derramaria alguna luz sobre las tinieblas del porvenir? ¿disiparia su esposo, ó confirmaria por su carta, las terribles acusaciones de Adario? ¿habria llegado á René la noticia de las calumnias que le movian en su patria adoptiva, y se despediria tal vez para siempre? Todas estas ideas se revolvian en su ánimo, y la tenian turbada y sobrecogida dilatando aquellos instantes de incertidumbre, ménos penosos que algun terrible desengaño.

(1) Por otro nombre *Apalachina* ó *té de los Apalaches*: se hace uso de sus hojas como del té de la China.

Mila se habia sentado delante del misionero con la niña, y observaba á aquel hombre tan diferente de los demas, aquel semblante austero, y sin embargo pacífico; aquel vestido grosero y no obstante respetuoso, aquella barba gris que le bajaba hasta el pecho, y mas que todo, la efigie sagrada del Redentor que traia pendiente del cuello y sujeta una extremidad con la cuerda blanca de hilo de aloe que ajustaba la túnica del viagero apostólico. Mila rompió el silencio y le dijo: « Gefe de la barba, ¿ te reciben bien en todas las hutas? »

— « No siempre, respondió el piadoso ministro; pero la Providencia del Grande Espíritu va conmigo y toca á las mas de las puertas. En mas de doscientas leguas de estas riberas, por su misericordia, tengo familias amigas que han recibido su santo nombre y que me aman. Yo amo tambien mucho á los Indios. »

— « Tú no eres, dijo Mila, de los que vienen á quitarnos las tierras. »

— « No, hija mia, respondió el apostol, yo no he venido á quitar sino á traer. »

— « ¿Y que es lo que nos traes á los pobres Indios ! » replicó Mila.

El hombre de Dios respondió : « ¿Lo que yo os traigo ! la palabra del Grande Espíritu, el amor, la esperanza, y con estas tres cosas, la paz. »

— « ¡ Oh ! ¡ la paz ! dijo Mila ; nosotras estamos bien pobres y bien menesterosas de paz. ¿ En donde está esa paz, como es esa paz que tu traes ? »

— « Vela aquí » respondió, y le mostró el Crucifijo : « Esta es la imágen, siguió diciendo, del hijo del Grande Espíritu que se hizo hombre por lo mucho que nos amaba : este bajó del cielo á traer la paz á la tierra, y al volverse á su padre nos dijo : Mi paz os doi, yo os heredo en mi paz. »

Mila se arrodilló y besaba con gran respeto el divino simulacro. « ¿ Pero, padre mio, lo mataron ? » le preguntó al misionero.

— « Sí, jóven India, le respondió, lo mataron por odio de su virtud y su justicia. Los mismos de su pueblo lo escarpia-

« ron en una cruz, y él ofreció á su pa-
« dre su sangre por expiacion de los pecados
« del mundo, y rogó por sus enemigos. »

— « ¿Oyes bien estas cosas? dijo Mila á
« Celuta; esto que dice el padre de la barba
« entristece y consuela á un mismo tiempo. »
Mila tenia en un brazo á la hija de Celuta,
con el otro abrazaba las rodillas del misio-
nero, y arrebatada de un movimiento santo
del corazon, con el acento mas expresivo
de la piedad, exclamó: « ¡Yo quiero ser
« cristiana como esta niña, como René! »

Celuta llegó al mismo tiempo, bañado el
rostro de una luz celestial, con los ojos llo-
rosos como los Angeles de la Cruz, hermosa
y resplandeciente como los Serafines abra-
sados, y cayendo por otro lado á los pies del
misionero, con voz profunda salida de lo
mas interior de su alma exclamó á su vez:
« ¡Yo tambien quiero ser cristiana! »

El celoso varon levantó en alto sus manos
y clamó enternecido y fervoroso: « El Se-
« ñor reciba vuestra palabra y refuerze la
« gracia en vuestras almas! ¡No es del que
« quiere, ni del que corre, sino de aquel

« de quien Dios tiene misericordia ! » Después se humilló y se puso á orar en silencio entre las dos neófitas. Había una nube parda en el cielo por frente de la puerta, el tiempo estaba ligeramente lluvioso. Dos bellos iris de colores vivísimos alegraban aquella parte del horizonte, el sol brillaba sobre los prados al traves de las sombras, y una lluvia menuda y diáfana parecía figurar el destello de la gracia y el divino rocío que caía al mismo tiempo en aquella cabaña.

Acabada esta escena maravillosa, el pedagogo santo y las dos nuevas hijas de Jesu-Cristo se levantaron con semblante sereno y apacible. Celuta presentó el desayuno al modesto huésped, que casi no tocó á las viandas. Como le instasen á que comiese, les respondió : « El hombre no vive de solo el
« pan, sino de toda palabra que procede de
« la boca de Dios. Vamos á lo que importa :
« si quereis, hijas mias, yo vendré á doc-
« trinaros los dias que me detendré en el
« castillo ; yo lavaré despues vuestras cabe-
« zas con el agua divina. »

— « Yo lo quisiera bien, dijo Celuta ;

« pero nos hallamos aquí muy comprometidos : los Salvages han hecho un crimen á mi esposo de que hubiese bautizado á su hija : nosotros pensamos irnos. ¿ Donde teneis , padre mio , vuestras doctrinas mas de asiento ? »

— « Entre los dos grandes rios , en la tierra de promision , en las tiendas de los Siujos » respondió el religioso.

— « ¡ Oh ! ¡ los Siujos ! clamó Celuta ; Cháctas me ha hablado de ellos , y me tiene dado el collar de su alianza con ese pueblo bendito , y desea que nos váyamos á vivir con ellos. Yo lo quiero , yo lo deseo , y de hoy ya , con lo que decis , mucho mas. Yo no espero otra cosa sino que vuelva René : ¡ en el nombre del Grande Espiritu vamos á ver lo que nos escribe ! »

Celuta sacó la carta del pecho y la entregó al misionero. Las dos amigas se sentaron delante de él , los ojos fijos sobre su rostro , los oidos colgados de sus lábios , sus corazones palpitando con fuerza. El capuchino leyó para sí la primera llana , y á medida que iba leyendo , se veia pintarse en

su frente la admiracion y el asombro. Celuta estaba como el prisionero de guerra sentado sobre las trebedes aguardando las llamas. Mila , apurada bien pronto su paciencia , exclamó : « Padre de la oracion , ¿porqué « te detienes ? explicanos el collar ; es quizá « que tu no lo entiendes ! » el Padre tradujo en Nátche lo que sigue :

CARTA DE RENÉ A CELUTA.

Del desierto á las treinta y dos nieves de mi vida.

« Yo contaba esperarte en los Nátches ;
« pero una comision del tutor del Sol me
« obligó á partir sin detenerme. Yo ignoro
« cual será todavía la suerte de este viage :
« bien podrá suceder , Celuta mia , que yo
« no te vuelva á ver mas. Yo habré debido
« parecerte tan extraño y tan raro , que sen-
« tiria dejar la vida sin disculparme contigo,
« que tan de veras , y tan de balde , y con
« tanta lealtad me has amado. Yo no quer-
« ria jamas que me aborrecieses ni que pen-
« sases mal de tu esposo.

« Yo he recibido de Europa , á mi vuelta
« de la Nueva Orleans , una carta que ha
« puesto el fallo á mis destinos : yo he con-
« tado mi vida á Cháctas y al padre Soñel
« el misionero ; la sabiduria y la religion
« han oido la historia de mis dolores : nadie
« mas convenia que se impusiese.

« Una gran desgracia me hirió en mi pri-
« mer mocedad : esta desgracia me hizo ser
« tan infeliz como soi , tan huraño y tan in-
« tratable como me habrás hallado en tus
« brazos. Yo he sido amado , muy amado !
« el ángel que embelesó mi alma algun
« tiempo con su ternura misteriosa , cerró
« por siempre , sin agotarlas , todas las fuen-
« tes de mi vida. Todo amor me causaba
« horror : habia delante de mí otro modelo
« de muger , al cual ninguna otra cosa se
« podia comparar. Mi corazon tenia necesi-
« dad de amar algo , y hacia esfuerzos ; pero
« el vacío en que habia quedado era inmenso :
« ¡ no habia nada en la tierra que lo pudiera
« llenar , cuando no abastó tu virtud !

« Celuta , hay algunas existencias tan
« duras , que si fueran sabidas , corregirian

« la manía de vivir. Desde el principio de
« mi vida no he hecho otra cosa que ali-
« mentar pesares ; yo llevaba en mi mismo
« su gérmen , como el árbol lo lleva de su
« fruto. Un veneno desconocido se mezclaba
« á todos mis goces. Hasta las alegrías de la
« infancia me causaban dolor ó hastío ; la
« edad de los placeres, que es toda del cora-
« zon y no se ocupa de pensamientos, fué
« para mí un hibierno brumoso en que ape-
« nas vi algunos dias de un buen cielo.
« Ninguna esperanza mia dió su aroma ni
« llegó á granazon.

« ¿Qué hago yo al presente en el mundo,
« y qué es lo que yo hacia ántes de ahora!
« Yo estaba siempre solo , aun en el tiempo
« mismo en que vivia la victima separada
« de mí , y refugiada junto al altar. Ella no
« existe mas ; y la tumba , en verdad , no
« me ha quitado ninguna cosa que yo tu-
« viese ántes ; el santuario que la guardaba,
« no era para mí ménos inexorable que el
« sepulcro que ahora la encierra. Sin em-
« bargo yo siento que alguna cosa neces-
« aria á mi existencia ha desaparecido. Cuando

«yo debiera alegrarme de una pérdida que
«liberta dos almas, yo no hago mas que ge-
«mir; mi corazon reclama, cual si se lo hu-
«bieran quitado, lo que él no poseia ni podia
«poseer. Deseo morir por volver á hallar este
«objeto querido, y he aquí que en la otra
«vida, esta separacion que me mata.... la
«eternidad..... ¡Ob!..... ¡la eternidad!.....
«La fuerza de mi dolor me ha hecho quizá
«comprender esta palabra incomprensible.
«Tú solo sabes, Dios mio, lo que está pa-
«sando en mi alma en este instante. ¿Soy
«yo dueño de sacudir esta pena horrorosa,
«estas ideas desolantes, esta desesperanza,
«esta angustia, estas aprehensiones tre-
«mendas, estos rudos terrores de los tiem-
«pos sin fin, donde ha entrado la que me
«diste por hermana? ¿No la veré yo mas
«en los dias eternos? ¿Huirá tambien de
«mí en los sepulcros?....

«Las sombras caen, y hasta la luz del
«dia va á faltarme para acabar de escribir
«esta carta, sentado bajo de un árbol des-
«conocido, á la orilla de un rio sin nombre,
«en un valle donde las selvas retratan los

« primeros siglos del mundo. Aquí , en este
 « desierto , á esta hora , en este desamparo,
 « despues de tantos dias de afliccion y de
 « llanto , aun mi corazon está entero , y lo
 « siento abrasarse de deseos y pasiones ina-
 « gotables. No te asomes , Celuta , á este
 « abismo encendido ; tu verias salir llamas
 « que carecen de pasto , que devorarían la
 « creacion sin saciarse , que te devorarían á
 « tí misma. ¡ Guarda ! ¡ guarda ! muger vir-
 « tuosa ; no te arrimes á este volcan ; déjale
 « todo entero en mi seno.

« ¡ Que obscuridad ! ¡ que pavor !... ¿ Esta
 « luz que se va , será la última que yo vea ?..
 « ¡ que género de agonía , que tormentos
 « son estos ! Padre omnipotente , tú me has
 « llamado en la soledad y me has dicho :
 « ¡ René ! ¡ René ! ¿ que has hecho de tu
 « hermana ? » — « ¿ Soi yo Cain ? »

CONTINUADA A LA CLARIDAD DE LA AURORA.

« ¡ Que noche !... Criador , yo te doi gra-
 « cias ; yo tengo todavía fuerzas , pues que
 « mis ojos vuelven á ver la luz que tú has

« hecho... Yo he andado entre las sombras,
« yo he recorrido á oscuras una larga exten-
« sion de estas selvas ; mis pies , como si tu-
« vieran inteligencia, se abrian caminos por
« medio de los bejucos y las zarzas. Yo sa-
« cudia las tinieblas y seguia las fantasmas ;
« yo abrazaba los árboles ; yo creí sentir en
« mi delirio que palpitaba un tronco contra
« mi pecho , que se animaba allí y se movia
« alguna cosa , que salia y se echaba en mis
« brazos una muger con el seno desnudo
« y despedazado , el cabello empapado del
« vapor de la noche , azorada , tem-
« blante , y me decia al oido : « Ven á
« trocar fuegos conmigo ; pierde la vida :
« mezelemos deleites á la muerte : ¡ que la
« bóveda de los cielos nos caiga encima y
« nos esconda ! »

« Celuta, tú pensarás que estoy loco, ó to-
« cado del furor de Atahansia ; yo no sé lo
« que estoy ; pero me reconozco bastante
« cuerdo para pedirte que me perdones. Yo
« no he cometido mas que una falta con-
« tigo , que es haberte unido á mi suerte.
« Tú sabes bien que yo no queria , y á qué

« casta de hombre y de amigo prodigioso
« creí deber agradar, sacrificando mi inde-
« pendencia, que al cabo á nadie le era fu-
« nesta sino es á mí. Una llaga incurable
« arraigada en mi alma, me ha quitado la
« alegría de tu amor; una idea clavada en
« mi pensamiento, me ha envenenado el
« contento de ser padre; yo he visto con
« una suerte de espanto, que iba á prolon-
« garse mi vida mas allá de mi muerte. La
« sangre que hizo batir mi corazon dolorido,
« animará el de mi hija: ¡yo te habré tras-
« mitido, pobre Amelia, mi tristeza y mi
« desventura! Llamado ya por la tierra, yo
« no protegeré los dias de tu infancia: no
« veré yo tampoco desenvolverse en tu ros-
« tro la dulce imágen de tu madre, mezclada
« á la beldad de mi hermana y á los éncan-
« tos de la edad virginal. No me sientas,
« Amelia: en la edad de las pasiones, tu
« padre hubiera sido una mala guia pa-
« ra tí.

« Celuta, yo te encomiendo mucho á mi
« Amelia; su nombre es un nombre fatal.
« No le hagas aprender ningun arte de Eu-

« ropa ; déjala que se haga á la vida de los
« Salvages : no le muestres mucho cariño ;
« no es bueno que se acostumbre á que la
« amen. Nunca le habéis de mí ; ninguna
« cosa me debe : yo no habia deseado darle
« la vida. No sea René para ella sino un in-
« cógnito , cuyo extraño destino , cuando
« oyere su historia , la haga cavar en el sin
« que sepa la causa. Yo no quiero ser para
« ella otra cosa de lo que he sido para to-
« dos vosotros , un ensueño penoso !

« Celuta , en mi cabaña hay papeles es-
« critos de mi mano : no son mas que la
« historia de mis desdichas y mis delirios ,
« que para nadie es buena , que ninguno
« podria entender : destrúyelos , aniquila
« esas quimeras.

« Vuélvete , esposa mia , á la cabaña de
« tu hermano ; quema la que fué mia , haz
« que planten algunos árboles entremedias
« de sus cenizas , y volved á las selvas ese
« heredage de que yo me habia apoderado.
« Deshaced el camino que subia desde el rio
« hasta la puerta de mi casa : yo no quiero
« que quede sobre la tierra ninguna traza

« de mis pasos. A pesar de esto quedará un
« nombre que yo habia escrito en las pro-
« fundidades de los bosques : ya me seria
« imposible volver á hallarle : crezca pues
« con el árbol ignorado donde está puesto :
« el cazador que lo viere , echará á correr
« espantado á la vista de aquellas letras gra-
« vadas por un mal Genio.

« Dále mis armas á Otugamiz ; dile á ese
« hombre sublime y excelente que haga en
« memoria mia el postrer sacrificio : que
« viva. Cháctas me seguirá , si es que ya
« no ha tomado la delantera á su huésped.

« Si en fin , Celuta , yo debo morir , tú
« podrás procurarte , despues de mí , otra
« union mas aventajada. No te fies mucho
« sin embargo , ni te prometas ligeramente
« encontrar un desquite en los brazos de
« cualquiera que fuese el que tu pusieras
« en lugar de René : no esperes tú que nin-
« gunos abrazos puedan hacerte olvidar al
« guerrero blanco. Yo te he tenido en mi
« pecho en medio del desierto , en los pra-
« dos floridos , en los valles risueños , en las
« crestas de las montañas junto á las nubes;

« yo fui testigo de tu contento y de tus
« transportes amantes , cuando mas de una
« vez me encontré tentado de ahogarte y
« despeñarme contigo por fijar la felicidad
« en tu seno , y castigarme á mi mismo de
« haberte dado una dicha que alguien podria
« haber envidiado algun tiempo..... ¿ Te
« acuerdas tú , aquella siesta , en la selva de
« los manzanos olorosos (1) , en aquel campo
« de los jazmines disciplinados y de los li-
« rios de atamusco , á la orilla de aquella
« fuente , cuando nos quedamos dormidos
« y despertamos al calor de un relámpago ,
« y habia salido de madre el torrente , y se
« desgarraban los cielos , y retronaban to-
« dos los ecos de los montes ? ¡ Que no me
« hubiera yo arrojado contigo en aquellas
« ondas borbollantes ! Tú eras entonces di-
« chosa ; yo me habia olvidado tambien unos
« pocos dias de mis desgracias.

« No , Celuta , si tú me pierdes , no te
« convienen mas bodas. ¿ Quien podria ro-
« dearte con otra llama que fuese parecida á

(1) *Mayapples* en la lengua del pais.

« la que sale de mí aun sin amar! Estas
« hermosas soledades , que las hacia yo que-
« mantes , las hallarias heladas junto á otro
« esposo : no quedan para tí ningunas mas
« ilusiones , mas embriaguez , mas delirio ;
« yo te he quitado tambien el poder de amar
« y de sentir otro amor. No creas tú que
« una muger , á la cual se han hecho estas
« confesiones tan crueles , y por la cual se
« han formado unos deseos tan extraños ,
« pueda olvidar al hombre que la habia ama-
« do con este amor ó con este odio extraor-
« dinario.

« Celuta mia, yo no he merecido tu amor,
« pero no merezco tampoco que me abor-
« rezcas ; yo hubiera querido bien ser feliz
« y que tu lo hubieras sido ; no me culpes
« á mi , sino á mi signo fatal , á esta maldi-
« cion de mi vida que yo no habia provo-
« cado , á este mal insanable de mi espiritu.
« Mis fuerzas no alcanzan mas á llevar el
« peso de mi existencia ; el tedio de la vida
« tiene puesta su garra en mi corazon , nin-
« guna cosa de las que mueven el interes y
« el deseo de los hombres, tiene ya virtud de

« excitarme. Pastor ó rey ¿ que haria yo del
« cayado ó de la corona ! Yo me veria fatigado
« igualmente de la humildad y la gloria, del
« trabajo y del ocio , de la prosperidad y del
« infortunio. Yo he probado la vida en dos
« mundos tan diferentes, y la naturaleza y
« la sociedad me han cansado de un mismo
« modo. En mí mismo no me queda tampoco
« ningun recurso ; ni aun se satisface mi
« alma del testimonio interior de una vida
« inculpable : yo soy virtuoso sin placer ; si
« fuera yo malhechor , lo seria sin remordi-
« mientos. Cuando se llega á este estado, es
« preciso morir.

« Ora sea esta mi postrer despedida , O
« Celuta , ora sea que yo pueda soportar la
« luz todavia un poco tiempo y que vuelva
« á verte, alguna cosa me dice á mí en mi
« interior que mis destinos estan cumplidos:
« si esto no fuere hoy mismo, será poco mas
« tarde, y quizá de alguna manera mas fu-
« nesta ; René no puede andar ni atras ni
« adelante sin tropezar con la desgracia.
« Esta carta, Celuta mia, será mi testamento:
« conténtate de que al acabarla te diga, que

« del modo que á mi me es posible amar,
 « yo te amo, y que tu memoria ocupará
 « hasta el fin un lugar eminente en el cora-
 « zon de René. »

El misionero acabó de leer, y se quedó suspenso sin saber que decir, ni atreverse á preguntar nada á aquellas dos mugeres pasmadas. Celuta estaba inmoble, la cabeza inclinada, la vista fija en la tierra: Mila no se atrevia á hablar tampoco, y miraba á la cara al capuchino. Este tomó al fin la palabra y les dijo: « Buenas Indias, alguna
 « grande afliccion os he traído yo sin saberlo
 « á vuestra casa: yo desearia poder conso-
 « laros; pero yo no comprendo esta carta,
 « y yo ignoro vuestras penas. »

— « Padre mio, dijo Mila, ¿no te contó
 « Artaguetes ninguna cosa? ¿No te 'dijo si
 « fué René quien le dió esa carta, si ha-
 « bia hablado con él, si sabia de su suerte? »

— « No, respondió; yo no estuve sino
 « una noche en el Marameg; el capitan Ar-
 « taguetes se hallaba enfermo de unas ter-
 « cianas dobles que le hacian sufrir mucho,
 « y hablamos poco: yo no tenia anteceden-

« tes ningunos de estas cosas , y ademas yo
« no pretendo nunca inquirir y saber lo que
« no me dicen. »

— « Nosotras no sabemos nada tampoco ,
« dijo Mila , de lo que reza esa carta : nunca
« nos habló de sus penas René : era tan
« virtuoso , tan moderado , tan noble !.....
« estaba siempre tan triste !... ¿ crees tú que
« se habrá matado ? Tú que lees el co-
« llar ¿ no adivinas que pueda ser lo que
« tiene René ? » El capuchino encogia los
hombros y cruzaba las manos.

— « Nó , René no se habrá matado , ex-
« clamó Celuta , levantando su hermosa
« frente y reprimiendo el exceso de su dolor ;
« si su esposa no basta á retenerle en el
« mundo , lo retendrá á lo ménos el amor
« de su hija. Yo ignoro , como todos , sus pe-
« nas ; yo comprendo ménos que nadie esta
« carta ; pero yo saco de ella una cosa cierta ,
« que René es sumamente desgraciado , mu-
« cho mas de lo que yo imaginaba. Un mal
« Espíritu lo persigue , yo seré su buen Genio ;
« yo conozco ya los desiertos , yo iré á mo-
« rir con él ó á salvarlo. »

— « Y yo tambien y Otugamiz, dijo Mi-
« la, y buscaremos otras selvas y otros Dio-
« ses mejores que los nuestros. »

— « No hay mas que un Dios, hija mia,
« replicó el misionero, que sacó el cielo y
« la tierra de la nada, y á nosotros nos ha
« criado para conocerle y amarle, y servir
« sus designios, y hacernos participantes de
« su gloria. Si teneis fé y le rogais, todo lo
« que pidierais orando y creyendo, os será
« concedido: pidamos, hijas mias, por
« René. » El capuchino se arrodilló segunda
vez con las Indias, sacó su breviario y
dijo varias preces en Nátche. Las mugeres
acompañaban y repetian aquellos ruegos
llorando y sentian llenarse sus almas de
esperanza. « Ayúdanos Dios salvador nuestro,
« clamaba el fervoroso capuchino; Señor, lí-
« branos, y perdónanos nuestras culpas. En-
« tre nuestra oracion en tu presencia, in-
« clina tu oido á nuestras súplicas. Como los
« ojos del siervo en las manos de su señor,
« así estan nuestros ojos en el Señor Dios
« nuestro, hasta que se adolezca y se apiade
« de nosotros. Tú no te complaces, Señor, en

« nuestra ruina , y despues del gemido y
« del llanto nos envias la alegría. Dios lo
« mandó , y el espiritu de las tempestades se
« quedó inmoble : clamaron al Señor los atri-
« bulados , y librólos de su apretura , y con-
« virtió la tormenta en aura de primavera.
« Duélete, Señor, del que está afligido como
« el pelicano del desierto , y como un pájaro
« solitario en un techo. El Señor sea para ti
« una torre de fortaleza que te defienda de-
« lante del enemigo. No permita el Señor
« que tus pies tropiezen , ni se duerma el que
« tiene cuidado de tu guarda : el Señor
« guarde tu entrada y tu salida , y dirija se-
« gun su palabra tus pasos , para que no
« domine ningun error tu pensamiento. El
« Angel bueno te acompañe y disponga bien
« tu camino y tus acciones para que vuelvas
« con gozo á tu morada. Nuestro auxilio en
« el nombre de Dios que hizo el cielo y la
« tierra : su nombre sea bendecido en el
« tiempo y la eternidad. »

De esta suerte atraia las almas y esparcia la virtud cristiana , aquel hombre sencillo y venerable, que atravesaba el mundo como el

Hijo de Dios, haciendo bien y teniendo misericordia. La religion se produce de suyo y brota entre los trabajos, como la rosa en medio de las espinas: no era un sabio, ni habia brillado en las aulas el padre Orsay, su nombre ha quedado oscuro en la historia; pero entendia el corazon, y con su dulzura, su egemplo y su caridad, asociándose á los dolores y á las cuitas de los hombres, consolándolos y alzando sus esperanzas por la creencia de un Dios pródigo y humanado amigo de los que sufren, habia evangelizado y hecho una mies copiosa en las Indias.

Mila y Celuta se levantaron mas tranquilas. El misionero se despidió prometiendo repetir su visita, y ofreciéndoles prepararles una buena acogida en los Siujos, si en volviendo René, como esperaba que volveria, resolvian trasladarse á aquella tierra feliz y recibir el bautismo. Despues de haber salido volvió otra vez, y les dió á cada una un escapulario con la imágen en seda de santa Catalina de los bosques. « Tomad, « guardadlos, les dijo, y encomendaos á

« esta niña cristiana, que fué una India como
« vosotras, y ahora habita en los cielos y
« protege estas selvas.... Oid : Dios me ha
« inspirado, al salir de aquí, un pensa-
« miento ; voy á ver si es posible concluir
« mis asuntos en el castillo en dos dias, y
« antes de volverme al Misóuri, iré á bus-
« car á René y á confortarle : yo vendré á
« veros el dia de mi partida. Confíad en
« Dios y estad firmes; mantened vuestra vo-
« luntad y vivid consoladas. »

El misionero se fué. Mila se quedó mi-
rando su escapulario : la efigie tenia una
corona de rosas y un ramillete en la mano
de azucenas ; al rededor de la cabeza se
mostraban los rayos de luz de la aureola, y
la mirada tenia el encanto de la vida in-
mortal. Mila lo comprendió y le dijo á Ce-
luta : « ¡ Vela aqui, vela aqui, que parece
« se esta riendo de los trabajos y las mise-
« rias de este mundo ! ¡ Que guapa está!....
« y nosotras tambien con el tiempo podre-
« mos ser Manitús como ella, y proteger la
« tierra como los Genios pacificos. El cielo
« de los cristianos yo se lo oi predicar una

« vez al padre Souël , y vale mas que
 « los bosques del Oeste : ¡ aunque no
 « fuera mas que el andar por las estrellas
 « y volar en los rayos del sol , á mí
 « que me gusta tanto el andar y ver co-
 « sas buenas !... El gefe de la barba es un
 « enviado del Grande Espíritu ; tarde se me
 « hace ya el bautizarme. » Las dos amigas se
 « sentaron. « Vamos pues , siguió Mila , ¿ que
 « me dices tú de René ? »

— « Hablándote con verdad , respondió
 « Celuta , esta carta tan desolante ha lle-
 « gado en tal ocasion , que me ofrece un
 « respiro. Esta carta desmiente á Adario ;
 « René es inocente : no escribe de esa ma-
 « nera un hombre que está ocupado en trai-
 « ciones y maldades ; sea cual fuere el mis-
 « terio de las penas que lo devoran , su
 « afliccion viene de la otra parte de los ma-
 « res : nó , yo no tengo que avergonzarme
 « de mi esposo.... »

— « ¡ Mas si se mata !... » replicó Mila.

— « Tampoco creo que se mate , dijo Ce-
 « luta ; aunque el dice que no me ama , yo
 « se bien que se engaña ; pero la soledad le

« hace mal y es menester que yo vaya á
« acompañarle , y sobre todo á quitarlo de
« aquí. Nosotras pensaremos , tú tienes mas
« ingenio que yo , tu aciertas casi siempre :
« el padre de la oracion nos ha ofrecido vol-
« ver y buscar á René ; yo podria irme con
« él.... solo te ruego que no le digas nada
« á mi hermano de esta carta ; su amistad
« se podria entibiar. »

Mientras seguian hablando , y se conso-
laban y discutian sus proyectos de salva-
cion , Celuta tomó á su niña para lavarla y
advirtió que estaba abrasando : despues
notó que se estremecia , y observándola
vió en su rostro y en su pechito que se
mostraban algunas pintas encarnadinas.
« ¡ Grande Espíritu ! dijo Mila ; ¡ tu niña
« tiene viruelas , Celuta ! ¡ Oh que nueva
« desgracia ! ¡ aunque quieras , ya no podrás
« ponerte en camino ! » A este tiempo llegó
Otugamiz. « ¿ Qué dices tú , hermano mio ,
« de esta postrer desdicha , exclamó Celuta ;
« ahora dirán que yo he traído el contagio
« á la aldea , y acabarán de aborrecernos. »
— « Nó , no te apures , dijo su hermano ,

« nos iremos á tu cabaña , que está fuera
« del caserío ; allí no hay ningun peligro de
« que se infeste el village : no llamaremos á
« nadie , yo se curar ; cuando estuve en los
« Ilineses y en la cueva del hermitaño
« aprendí á cuidar los enfermos. » — « Hija
« infeliz ! decia Celuta , ella se morirá...
« esta enfermedad es cruel y ha diezgado
« mas de una vez nuestras tribus. » — « Hija
« de René , exclamó Mila , si tú llegáras á
« morirte , yo iria por las mañanas á respi-
« rar tu alma entre los perfumes de la au-
« rora ; yo te volveria de ese modo á tu ma-
« dre y te quedarias otra vez entre nosotros. »
Otugamiz, cada dia mas enamorado de su es-
posa le dijo : « Mila , tú eres toda nuestra
« alegría y toda nuestra tristeza. ¿ Vas tú
« pronto á coger un alma ? Si fuera asi , yo
« querria morirme por volver á nacer en
« tu seno. » — « Yo amo mas ser tu esposa
« que tu madre , le dijo Mila ; ¿ qué necesi-
« dad tienes tú de renacer en mi seno ? ¿ no
« estás siempre en mi corazon !... Vamos
« pues á otra cosa : Celuta ha estado á ver
« á su tio, y de consiguiente no ignora nada:

« ¿nos traes algun consuelo? ¿has oido al-
« guna cosa sobre René? » — « No, dijo
« Otugamiz; nadie toma en boca á René
« en mi presencia; muchas veces en los cor-
« rillos, cuando yo llego, dejan todos de
« hablar y parecen embarazados; yo noto
« cada dia mas misterio y mas reserva. Si
« esto sigue de la manera que lo estoy
« viendo, no hay mas que trasponer á otras
« selvas. René no podrá tardar mucho
« tiempo en volver; si por desgracia se
« tarda, yo sé buscarle y encontrarlo. Lo
« que importa ahora es salvar á esta niña y
« que su enfermedad no se sepa. Yéndonos
« á habitar la cabaña de René, yo estoy bien
« cierto de que nadie vendrá á buscarnos,
« y haré una prueba mas de estas gentes.
« Conviene ya tambien que empecemos á re-
« tirarnos y que ensayemos la soledad, y
« aprendamos á vivir libres de los caprichos
« de los hombres. »

Aquella misma noche se trasladaron á la cabaña que René habia mandado quemar. Celuta estuvo sentada un gran rato en aquel umbral cubierto de yerba, y desde allí con-

templaba sus árboles, el riachuelo del valle, la senda que subía hasta su puerta, los alcornoques vecinos plantados de mano de su esposo, tantos objetos mudos y melancólicos, donde hallaban sus ojos las huellas y los recuerdos de un tiempo que parecía haberse huido para siempre. Allí contó á sus hermanos las tristes aventuras de su camino, y Otugamiz y Mila asombrados, recordaron los llantos y los presentimientos que habían tenido la noche de sus bodas. Allí discurren, en fin, largamente sobre sus proyectos de fuga y de salvacion, y soñaron un porvenir que sus rigurosos destinos tenían cerrado con portones de hierro y murallas de cuarzo.

La enfermedad de Amelia, en los primeros periodos ofreció un aspecto maligno y desesperante: el dia quinto estuvo para morir. ¡Qué dia fué aquel para Celuta! ¡Qué manera tienen las penas de coligarse y agravar los dolores! Desde la madrugada, todo el peso de la mañana y de la tarde estuvieron clamoreando las tres campanas de la iglesia del fuerte. Cada vuelta, cada ta-

ñido de aquellos dobles le parecía señalar, tan pronto la muerte de su hija, tan pronto la de su esposo. Y fué mas, que llegó á pensar si era acaso que los Franceses hacian las honras de su marido. Mila salió afligida y se acercó á la colonia á saber por quien doblaban en el castillo. ¿Podia haber en la tierra ningun dolor en que á Celuta no le tocase ya alguna parte? El padre Orsay se habia muerto de repente!

Dos dias despues comenzó el alivio de Amelia. Mila, Celuta, y Otugamiz se habian sentado á la mesa hácia el fin de la tarde, y he aquí llegar á la hija de Adario que la enviaba su padre á llamar á Otugamiz de su parte. Otugamiz tomó de priesa algunos bocados y partió con su prima. Celuta le dijo á Mila: «La hora de la comida, « hay ya tiempo que de experiencia nos es « fatal; esta llamada no es buena: haga el « cielo lo que quisiere de nosotros.» Mila subió á lo mas alto de la colina y se estuvo observando. La hija de Adario, y Otugamiz no iban juntos: aquella iba delante, y Otugamiz la seguia á la deshecha por dis-

tinto camino : despues los vió penetrar en los Lucos de Areskui.

Tal fué el lugar que el austero Sachem habia elegido para revelar al sobrino el principio de los misterios. Otugamiz llegó y le halló paseando entre los altos cedros piramidales que hacian la triple cerca del fano del Dios guerrero. Adario mandó á su hija retirarse, se sentó con Otugamiz en los soportales del medroso edificio, y le habló de esta suerte :

« Una asamblea general de Indios, para
« tratar de la libertad de las carnes rojas,
« ha sido convocada en el nombre del Grande
« Espiritu por los Natches. Nuestros legados
« han ido con la pipa de la alianza á los
« cuatro puntos del horizonte, y de nacion á
« nacion han corrido los mensajes hasta los
« términos conocidos de los mares y las mon-
« tañas inaccesibles. Todas las guerras par-
« ticulares se han suspendido ; todos los pue-
« blos del desierto han correspondido á la voz
« del pueblo depositario del fuego eterno ;
« todos sus diputados estan ya en marcha
« para el lugar designado. Tú eres uno de

« los nombrados para representar á los Nát-
« ches ; los Sachems te han hallado digno de
« esta honra. Yo he empeñado por tí mi pa-
« labra, he aceptado en tu nombre, y debe-
« rás partir esta noche. »

— « Tú has puesto tu palabra, respondió
« Otugamiz, fuerza será que yo la cumpla.
« Si me mandáran marchar al enemigo, yo
« iria en verdad mas de mi grado que á
« hacer figura en un congreso ; yo carezco
« de ingenio, yo no soy orador. »

— « Onduré llevará la voz, dijo Ada-
« rio ; tú no necesitas hablar, sino oír y
« aprender. »

— « ¡ Aprender ! dijo Otugamiz ; yo de-
« beré aprender de Onduré ! ¿ De cuando
« acá me ha designado mi tio á Onduré por
« maestro ? »

— « Ahora, en esta ocasion, respondió el
« Sachem, en esta grande crisis de nuestros
« males de la cual pende, tal vez para jamas,
« la salud ó la perdicion de los Indios. De-
« lante de la patria deben ceder todos los
« odios, todas las amistades, todas las afec-
« ciones particulares, todas las pasiones mez-

« quinas. Recapacítate, Otugamiz, vuelve
 « en tí, sacude tu corazon, ten corage; un
 « dia grande se acerca, y es preciso que te
 « pronuncies, que te resuelvas, que sacrifi-
 « ques.... »

— « ¿A quien! » preguntó Otugamiz in-
 « terrumpiéndole.

— « A tí mismo », dijo el Sachem, teme-
 roso de exasperarle. « Nieto del gran Sifa-
 « nes, siguió diciendo, toda la gloria de
 « nuestra casa se te ha quedado á tí solo
 « por herencia; la parte de ella que le to-
 « caba á mis hijos, todavia inultos, ha sido
 « trasladada á su primo con todos los debe-
 « res que ella impone. ¡Qué puede ya du-
 « rar este viejo abismado por las desgracias!
 « Dentro de poco tiempo, tú responderás so-
 « lamente de tres siglos de hazañas de nues-
 « tros padres cuya memoria se halla gra-
 « vada con tantas cifras honrosas sobre estos
 « muros sagrados. Vé, Otugamiz, los Sa-
 « chems te estan esperando, vé á tomar de
 « sus manos los collares y á disponer tu par-
 « tida: todas las demas cosas las sabrás por
 « menor en la Roca del Gran Lago. » Otu-

gamiz prometió á su tío obedecer y se fué á buscar los Sachems.

Era ya noche : Celuta estaba en la puerta de su cabaña aguardando con ánsia la vuelta de Otugamiz. Mila habia ido por agua á la fuente, y al tiempo que venia con su cántaro vió una sombra que la seguia entre los árboles, tiró su carga y bajó á la cabaña despavorida. La sombra corria detras, y la sombra era Imley. « Soy yo, soy yo, les decia á voz baja, que le vengo á pagar su visita á mi huésped. » — « Guerrero negro, dijo Celuta, ¡ tú aqui ! ¿ Viene tambien contigo la juglaresa caritativa que alimentó á mi niña y reanimó mis entrañas ? »

— « Nó, dijo Imley ; Glazirna se queda esclava por ahora ; yo he roto mis cadenas mas pronto, y mi Izefar tambien está libre. El famoso gefe Onduré me mantiene en las selvas y me ha mandado estarme escondido hasta el dia de la venganza ; tú sabrás ya la asamblea que se va á tener en la Roca del Gran Lago. »

— « ¡ Yo no sé nada ! » dijo Celuta.

— « ¡ Bueno es que tú lo ignores ! replicó
« Imley ; Otugamiz va tambien ; yo no sé á
« fondo el secreto ; él te podrá decir mas que
« yo. Hay mucho andado, Celuta, la tiranía se
« acaba, cállate tú ; el pañero está en buenas
« manos ; dentro de poco tiempo todos se-
« remos libres. A mi Izefar la tengo con-
« migo : de cortedad no ha venido á que tu
« la conozcas ; ¡ qué hermosa está ! si la
« vieras en los herbages , te parecería una
« leona. Glazirna vendrá despues y nos ire-
« mos juntos : yo oigo ya el canto del gallo
« de mi casa , yo veo ya al traves de los ár-
« boles el humo de las pipas de los zanga-
« res.... Pero alguien viene por el visillo ,
« me voi ; si me echan mano los Blancos me
« cuelgan. » Imley partió dando saltos y se
enfrascó otra vez en la selva.

Mila y Celuta se quedaron mirando la una á la otra pasmadas como quien siente mugir la tierra y temblar debajo de sus pasos. « ¡ Qué
« venganzas son estas Mila ! decia Celuta ;
« ¿ para qué será esta asamblea ? ¡ vamos á te-
« ner otra guerra ! ¿ que va á ser de René !....
« y mi hermano nos ha callado estas cosas.... »

— « Si fuera una cosa mala para René,
« y tu hermano hubiera tenido noticia, de-
« cía Mila, ya estaría él yendo cien leguas á
« buscarle y salvarlo: una de dos, ó él lo
« ignora, ó no hay peligro ninguno para tu
« esposo. »

— « ¿ Pero tú no ves á mi hermano, re-
« plicaba Celuta, tan triste, tan pensativo,
« tan silencioso, tan consternado!... »

— « Sí, dijo Mila, y eso mismo me hace
« creer que él ignora, como nosotras, lo que
« pasa. Cuando él sabe lo que hay que hacer
« y donde está el enemigo, no está triste ni
« taciturno, ni se mantiene parado. Pero lo
« que quiera que sea este nublado que se
« presenta, René está léjos, tu niña va me-
« jorándose por instantes, y de aquí á al-
« gunos dias nos podremos ir á buscarle y á
« mudar nuestro hato: Otugamiz está re-
« suelto. »

— « ¡ Oh! si hay guerra, dijo Celuta, no
« pienses tú que tu esposo abandone su pa-
« tria.... » A este tiempo llegó Otugamiz, y
sin hablar se entró en la cabaña, alcanzó
sus armas y se puso á hacer el morral. « Her-

« mano mio , dijo Celuta , ¿ vas á hacer un
« viage? »

— « Sí, hermana mia , respondió Otuga-
« miz , voy á hacer un viage. »

— « ¿ Qué diré yo á René , volvió á pre-
« guntar , si viniere en tu ausencia? »

— « ¿ Qué?... que su Manitú , véle aquí,
« va conmigo á todas partes » contestó el ge-
neroso mancebo.

— « ¿ Estarás mucho tiempo? dijo Mila ;
« yo se que vas á la Roca del Gran Lago. »

— « Eso es verdad , respondió Otugamiz,
« ¿ pero como lo sabes tú? ; Guarte , Mila ,
« no hables tú estas cosas con nadie ! Una
« sola palabra indiscreta podria causar la
« ruina de los Natches. ¿ No ves á todos
« como callan ? »

— « ¡ Y por eso te callas tú , dijo Mila , y
« te vuelves tambien extraño con nosotras !
« Escucha , Otugamiz.... vuelve la cara....
« si tuvieras tú un hijo , lo dejarias morir
« de pena en el seno de su madre ? »

— « La patria , respondió Otugamiz , es
« primero que las esposas , que los hijos , y
« que las madres ; ¿ entiendes tú ? »

— « Y primero tambien que la amistad ;
« ¿ no es verdad ? » dijo Mila.

Otugamiz estaba enhastillando sus flechas y respondió : « Aciértame , sin mirarlas ,
« cuantas son las saetas que estoy poniendo
« en la aljaba : contando una mitad y una
« sexta parte en favor de la patria , y des-
« pues otras siete , que es un número santo ,
« por la amistad ; todavía sobra una para
« matarme , si las otras son desgraciadas ! »
Mila no encontró mas palabras y rompió á llorar con Celuta.

Dos Aluez de la guardia del Sol llegaron á la puerta. « Guerrero , dijo uno de ellos ,
« Onduré está esperando en lo alto de la
« colina. » — « Yo estoy listo » respondió
Otugamiz , y se echó el morral y el carcax á la espalda , se terció el arco en el hombro izquierdo y tomó el baston de caminante. Mila y Celuta se arrojan á sus brazos ; Otugamiz las aparta y les dice : « Las
« yedras no se abrazan sino á los robles vie-
« jos ; yo soy muy jóven todavía y no podria
« sosteneros. » El contristado mozo tomó la
cuesta arriba : las dos mugeres salieron y

se estuvieron mirando hasta que traspuso la loma : el hijo de Tabamica iba en medio de Onduré y del Juglar!

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

A la parte septentrional del Lago Superior en el Canadá, se levanta una roca inmensa de una elevacion prodigiosa: su cima lleva una selva de alerces que se arriman á las estrellas: la vista se desmaya en aquella altura, y los ojos se pierden en la extension de los horizontes. Por bajo de la selva corre entre precipicios con espantoso estruendo un torrente ensoberbecido con las aguas y los despojos de cien montañas. Su falda la besa el lago, que semejante á un océano, se dilata y se enseñorea á la redonda bañando quinientas leguas de una tierra feraz é inhabitada. Selvas, llanuras, rios, otros lagos, montes y cordilleras sin acabarse, tierras y soledades inmensura-

bles, dejan asombrado al viagero en aquella atalaya del Nuevo Mundo, y el terror de la inmensidad oprime en aquel lugar el corazón mas valiente. Esta altura se llama la *Roca Aislada*. Los Indios cuentan que en esta gran meseta vecina de los cielos, acabada la obra de la creación, se sentó el Grande Espiritu á reposar, puso nombre á todas las cosas y estableció las leyes del universo. Los Hurones llaman por esto aquella roca la montaña de la *Gran Liebre*.

Tal fué el lugar donde convinieron los pueblos indios juntarse para escuchar la propuesta de los Hijos del sol. Debajo de la roca, en una larga ensenada escondida en medio de los árboles, se iba reuniendo una flota no ménos rara que numerosa de bajeles salvages. La canoa pesada del Iroques bogaba junto al batel ligero de los Hurones; la piragua ilinesa, de un solo tronco de encina, flotaba con la almadia de los Pánnis; la chalupa elegante de los Yazues, al lado de la barcaza de los Onéidas; la gabarra redonda de los Puñatanes, cabe la nao de cuero del Esquimal, mas leve que las espu-

mas. Mientras tanto una turba de jóvenes guerreros disponia en lo mas alto de aquellas cumbres el lugar del congreso; los robustos jayanes, armados de segures, hacian gemir los pinos, y abrian un claro espacioso en figura de circo á la extremidad del picacho que mira al lago. Desde el principio del mundo, aquella selva virgen no habia nunca probado el hierro ni el pedernal: al comenzar su obra se habian estremecido los Indios, no fuera que se volviesen las hachas contra ellos mismos como sacrilegos; pero el juglar del Nátche dió el primer golpe, y el temor de la religion fué quitado por su ministro. Onduré repitió otro golpe invocando á Atahansia, y en seguida todos los brazos se levantaron contra aquellos árboles milenarios, al son de las canciones guerreras y al grito de libertad pronunciado en todas las lenguas del desierto.

Luego que estuvo abierto en la selva aquel patio peregrino, despojaron los Indios los fuertes troncos de sus hispidas cabbelleras, y formadas con ellos gradas en

derredor á manera de anfiteatro, los juglares de cada pueblo plantaron sus insignias por órden, y levantaron aras, y consagraron aquel lugar, cada cual al tenor de sus ritos y sus fórmulas. En el centro fué colocada la hoguera del consejo; el servicio de ella, su guardia, la bendicion del fuego y las lustraciones se reservaron á los sacerdotes del Nátche. Despues se hicieron sacrificios y rogativas tres dias continuos, se consultaron los agüeros, se interpretaron los sueños, y declaradas todas las cosas favorables, se celebró el banquete de la concordia á la orilla del lago, y acto seguido subieron todos á la montaña.

Seis haráutes nombrados entre los diputados mas viejos arreglaban las precedencias, los privilegios y la severa etiqueta de aquellos hijos de los bosques. Los primeros de todos se presentaron los Iroqueses, señores naturales del Canadá, pueblo rey entre los Indios del Norte, verdaderos republicanos del estado salvage: ellos eran los únicos que habian tenido en respeto á los Europeos, y habian domado las tribus del

desierto; ninguna otra nacion habria osado pasar delante. Estos guerreros llevaban la cabeza raida, salvo un mechon de pelo recogido y trenzado con un plumage en figura de diadema. La frente la traian pintada de bermellon, las cejas motiladas, y sus diformes orejas, partidas y dobladas sobre los hombros, con zarcillos de oro. Sus armas eran la carabina, el puñal y la macána. Con paso fiero, con vista intrépida, el cuello erguido, entraron en el salon del consejo figurando una danza guerrera, y tomaron á la derecha su puesto en el sitio mas honorifico.

Despues entraron los Algonquinos, tristes restos de una nacion poderosa reducida casi á la nada. Los Iroqueses les habian robado su gloria á la larga de cuatro siglos de una guerra enconosa nutrida por las rancias envidias y las porfias del desierto. Su lengua da testimonio de su antigua grandeza, y podria pasar por la muestra de algun gran pueblo origíneo que se han tragado con su memoria los abismos del tiempo. Venian solo dos diputados, mozos bizarros, de una

talla elevada, de ojos sublimes, de un talante guerrero y magestuoso : su vestido era simple, no traian adornos ni aféites, no llevaban mas armas que las flechas y el arco, no hicieron ningun paso de danza á la entrada, y tomaron lugar á la izquierda en faz de sus enemigos.

Detras venian los Hurones, vivos, ligeros, bravos, de una figura sensible y animada, los Franceses del Nuevo Mundo por su carácter jovial y sus modales afables y corteses. Su entrada fué bulliciosa y atropellada; venian cantando un himno asidos de los brazos, dieron la vuelta al circo, y tirando una mirada fisgona sobre la grada iroquesa, tomaron plaza con sus amigos los Algonquinos.

Un sacerdote seguido de un anciano, y detras del anciano un guerrero, se presentaron al cuarto turno en el circo. El sacerdote venia adornado de un gran vestido rojo flotante, de una estofa oriental recamada de plata y ceñida con cordones de oro : traia en la cabeza una mitra de plumas color de fuego enlazadas con cadenillas de aljófares; llevaba un pebetero de piedra jade en la

mano izquierda, y quemaba de tiempo en tiempo pastillas olorosas musitando palabras mágicas. El viejo que le seguía era un Sá-gamo ó Rey : este traía una diadema de coral rojo tachonada de perlas y amatistas, con los cabos de oro esmaltado ; el jubon, el bríal y los borceguíes eran de lama verde tornasolada, todas las puntas y guarniciones de embrochados preciosos : de manitús, de joyas, de collares, de manillas y ajorcas no se vía el fin. El guerrero llevaba una especie de casco de mandíbula de ballena armado con dos colmillos de hipopótamo, un colete de castor negro, y botines de búfalo. Con aquella tosca armadura contrastaba un tahalí magnífico de brocado cubierto de pedrería, pendiente de él un espiche con el puño de oniz embutido en oro, cuajado el pomo y los gavilanes de esmeraldas. Estos salvages pertenecian á las naciones Abeniquisas que habitaban las costas de la Aca-dia : allí habian emigrado y llevado sus artes y sus riquezas muchas familias megicanas cuando cayó el imperio de Motezuma.

Un hombre cuyo semblante anunciaba la

magestad caída, se presentó despues asistido de dos garzones que echaban flores delante de sus pasos. Iba vestido de cebellinas, y llevaba un manto joyante labrado todo de plumas de colibris con grandes mangas subidas y desplegadas al modo de dos alas: la corona rarísima, de figura de abanico, guarnecida de flores y mariposas desecadas, de una imaginería peregrina. Era este un emperador de los pueblos antiguos de la Virginia refugiados en las montañas vecinas junto á las fuentes del Pamúнки.

El gefe de los Paráustis, otra triste reliquia de las grandezas salvages, venia detras del emperador virginiano. Este pueblo habitaba las Carolinas, y ha sido casi del todo exterminado; los vicios y las enfermedades de Europa lo han acabado mucho mas que las armas. Aquel caudillo era jóven, de una mirada noble y amable; sus maneras sencillas; su vestido de cazador, sin ningun aliño. Un andrógino, ser ambíguo muy comun entre los Paráustis, le llevaba sus armas; delante iba un juglar y tocaba una especie de dulzáina.

En pos de los Paráustis entraron , todos juntos , los diputados de las naciones confederadas de las Floridas , los indomables Cheroqueses , los intrépidos Criquios , los crueles Siminolos, los feroces Akansas, y los orgullosos Toppingos , razas todas hermanas que se distinguen de los otros Salvages por sus cabellos negros lustrosos, sus frentes altas , su nariz aguileña y sus ojos rasgados. Una venda y un airon elegante en la cabeza ; una camisola pomposa con saldones alechugados , ceñida con una faja de escarlata ; un collar de granates y porcelanas, y unas calzas de ante bordadas á pespuntos , formaban todo su arreo ; de armas llevaban tan solamente una carabina y un cuchillo tajante. A estos Indios los precedia una comparsa de bailarines Yameseos que egecutaron algunos pasos y pantomimas graciosas al compas de instrumentos bélicos.

Luego llegaron los Cháctos , los Yazues , los Chicachas, los Cenises , los Cequios, y tras de estos los Ilineses y los Nácthes mezclados en señal de concordia : entre los Ilineses venia Venclao abrazado de Otugamiz. Cuando

entraron los Natches cantaron todos los pueblos , y el juglar entonó á su vez el himno del Grande Espíritu ; despues le puso fuego á la hoguera y bendijo las llamas. Otugamiz parecia contento ; los diputados cenises le habian hablado de René con aprecio, y le habian anunciado su pronta vuelta coronada de un feliz éxito.

Acabada la bendicion entraron los diputados de la otra parte del Meschacébe. Entre estos se distinguian , y llamaron mas la atencion los Clamoes que saludaban soplando al paso en la oreja á los otros Salvages ; los Cibalas medio desnudos , con todo el cuerpo grabado de geroglíficos ; los Ouras , con el cráneo aplanado , que entraban imitando la forma de danzar de los osos ; los Monquizes , con sus tiaras de nacar y sus jacerinas de perlas ; los Canatinos , con la piel aplomada , los ojos bizcos , y el labio morro , terribles por sus venenos y sus saetas herboladas ; los Apaches , famosos por su constancia contra los Españoles , y por último , en medio de ellos , otros Salvages pequeños de un aire dulce y tímido , con es-

caupiles y escarcelas de plata , con penachos soberbios en figura de pájaro , con collares y con brazaletes de oro. Uno de estos llevaba una espada toledana , solo resto de una antigua victoria inútil : á estas muestras fueron reconocidos los postreros redrojos del grande imperio megicano.

Despues siguieron los ribereños del Misouri y del Muddy , los Indios Blancos , los Kaulisquis , los Méngis , los Cinnios , y los felices Siujos : al entrar estos últimos se levantaron todos los pueblos , y hubo una larga salva de aplausos. Entónces llegó el postrer turno , y entraron los diputados de la Bahía de Hudson y de la tierra de Labrador ; los primeros , notables por su piel de color de cobre , por sus ojos de águila , por sus cabellos jaldes y largos ; los segundos , por su cabeza abultada , por sus labios gruesos , sus anchos dientes , sus ojos pequeños negros centelleantes , sus cabellos azabachados y su barba bermeja. Estos pobres Salvages , con su arpon en la mano , con sus enormes perros de figura de lobo que llevaban reatados , y sus odres de grasa líquida

de ballena que era su néctar, daban vueltas por todos lados sin encontrar asiento : todos los otros Indios les cerraban sus filas y los miraban como Bárbaros. Otugamiz les dió paso, y tomaron lugar por detras de los Ilineses.

Comenzaba á mediar la tarde, y la sesion debia abrirse al ponerse el sol. Durante este intervalo se hizo el sacrificio del cisne en honor del gran Michabú, Dios de las aguas, y se echaron al lago las carnes de la victima. Al mismo tiempo una tropa de esclavos preparaban el té de los Apalaches, y cuando se acabó el sacrificio, sirvieron aquel refresco querido de los Indios, que les da brió en las batallas y les inspira pensamientos felices en los consejos. Era de ver y de oír aquel concurso, y la festiva algazara de tantas gentes, de tan varios orígenes, de tantas lenguas y estirpes, reunidas sobre aquel peñon solitario; y aquel ruido de pueblo en el hondo silencio de los bosques, y aquella gran asamblea de tan extrañas naciones que iba á deliberar sobre los derechos y la defensa de un mundo nuevo

invadido por otro antiguo. Ni la fábula ni la historia han ofrecido jamás otro espectáculo semejante. Y en medio de esto, para oprobio al linaje humano, no era ni la virtud, ni la religion, ni la libertad, ni el honor, ni ningun otro género de heroismo, quien habia concebido aquel proyecto grandioso: los zelos, la ambicion y la envidia de un malvado, incapaz de toda idea generosa, era quien daba el grito de salvacion á cien pueblos! ¿No ha sucedido así casi siempre en la tierra! ¿No han tenido por lo comun este ignoble origen los altos hechos que han movido y cambiado los destinos del mundo y que han formado la gloria de los hombres?

En fin llegó la hora grande: el luminoso disco del sol ensanchado, se acercaba ya á las ondas del lago, y la concha sagrada anunció la apertura del congreso. Al momento tomaron todos sus plazas, se hizo un alto silencio, y el sacerdote nácthe pareció en una especie de púlpito, descorrió una cortina de pieles blancas, y se vió un retablo de calaveras adornadas de flores. « Pueblos, levantaos! » exclamó con una voz resonante, con los bra-

zos abiertos, con la vista inflamada. Cuatro intérpretes de las quatro lenguas madres de América repitieron aquel mandato del sacerdote, y los diputados se levantaron: todos los ojos estaban fijos sobre el juglar.

« ¡ Vedlos aquí! ¡ vedlos aquí, siguió ex-
 « clamando, estos testigos formidables!...
 « Huesos sagrados, vosotros reposareis to-
 « davía en una tierra libre! ¡ Si, por voso-
 « tros vamos á emprender cosas nunca
 « vistas ni oidas en los siglos! Sobre voso-
 « tros y por vosotros vamos á pronunciar
 « el juramento tremendo de los sepulcros,
 « y á imponernos la religion de un secreto
 « mas insondable que los abismos de la
 « muerte! »

El juglar tomó reposo un instante, y otro instante despues, levantando una mano trémula y extendiéndola hácia el salon, gritó de nuevo diciendo: « ¡ Pueblos, conmigo!..
 « atended.... escuchad vuestro juramento:
 « Por el Grande Espíritu, por Atahansia,
 « por las cenizas de nuestros padres, por la pa-
 « tria, por la libertad, yo juro el adherirme
 « fielmente á la resolucion que fuere to-

« mada , ora sea en general por todo el con-
« greso , ora sea en particular por mi pue-
« blo. Yo juro que cualesquiera que sean
« las medidas que los pueblos en general , ó
« mi nacion en particular , adoptaren en la
« presente asamblea , guardaré un secreto
« inviolable. Yo no revelaré este secreto , ni
« á mis hermanos , ni á mis hermanas , ni á
« mi padre , ni á mi madre , ni á mi muger ,
« ni á mis hijos , ni á mis amigos , y mucho
« ménos á aquellos contra los cuales se adop-
« taren estas medidas. Si yo revelo este se-
« creto , que mi nombre sea maldecido , y
« que se declare pesada á la tierra mi exis-
« tencia ; que mi lengua sea cortada á pe-
« dazos , y arrojada á las moscas ; que mi
« cuerpo lo encierren vivo en una tumba ;
« que Atahansia me persiga despues de
« muerto ; que mi alma no halle reposo ni
« hospedage y habite para jamas los pozos
« de las tinieblas ! »

El cabello erizado , convulso el rostro , y los ojos desencajados girando por la asamblea , preguntó el juglar si juraban. Súbito , los Salvages , á una voz todos , desplegando

en los aires un brazo armado, gritaron : « ¡ Si
« juramos ! »

El sol cayó al mismo tiempo por bajo del horizonte ; el lago pareció batir sus riberas y agitarse los árboles ; la hoguera del consejo levantó un torbellino de fuego y humo , y las cabezas de los muertos reverberaron á la luz de la llama como alguna cosa viviente.

El silencio volvió á reinar en la asamblea ; el terror tenia agarradas las lenguas y suspensas todas las almas. Los mas fuertes habian temblado , ¿ qué seria Otugamiz ? Él tambien habia hecho el horrible juramento, de buen ánimo ; la religion , la muerte y la patria habian hablado ; cien viejos , y entre ellos tantos próceres y caudillos de naciones famosas , habian jurado indistintamente ; ¿ como habria podido abstenerse de prometer guardar el secreto de los pueblos , ni como haberse negado á la voz de gloria , de independencia y de salvacion que habia sonado en sus oidos ? Pero su corazon presentia desastres , y su amigo no se apartaba su memoria : en su rostro se veian á un

tiempo el amor de la patria, la exaltacion religiosa, los sobresaltos de la virtud, y su horror al juglar. Onduré tenia puestos sobre él los ojos y se estaba gozando en contemplar su embarazo. Otugamiz lo advirtió, y de un golpe leyó en la negra alegría y en la risa procaz de aquel monstruo, el misterio de iniquidad que encerraba su alma « ¡ René es muerto! exclamó abrazándose con Venclao, ¡ René es muerto!... « ¡ tú lo veras!... ¡ y yo! infeliz de mí! « yo he ayudado tambien á matarle! »

Onduré reemplazó al juglar en la tribuna salvage. Seis Sachems tomaron las fichas de la memoria para recoger el discurso y pasarlo á las otras lenguas: el malvado orador comenzó de esta suerte:

« El árbol de la paz extendia sus ramas « sobre la tierra de las carnes rojas, que « creian estar ellas solas en el mundo. Nues- « tros padres vivian felices y unidos á su som- « bra: las selvas no sabian que hacer de « sus corzos, y en los lagos no cabian los « pescados.

« Dad doce collares de porcelanas azules. »

El juglar de los Natches echó doce collares en medio del consejo.

« Un dia, prosiguió Onduré, ¡ dia fatal!
« llegó una voz de la parte de Levante:
« esta voz dijo, que unos guerreros monta-
« dos sobre monstruos marinos y vomitando
« volcanes, habian llegado á nuestras pla-
« yas de en medio de los mares. Nuestros
« abuelos se rieron. ¡ Guerreros megica-
« nos, que estoy yo viendo ahora, vosotros
« sabeis bien si mintió aquella voz!

« Convencidos en fin de la verdad, se
« juntaron nuestros mayores á resolver, y
« dijeron: « Bien que los extrangeros sean
« blancos, no por eso dejan de ser tambien
« hombres, y se les debe hospitalidad.»

« Cuando vieron nuestro candor, y obser-
« varon nuestras riquezas, corrió la fama
« entre ellos, y acudieron de todas partes
« como nubadas de langostas. Megicanos, á
« vosotros os sepultaron en las entrañas de
« la tierra á buscarles el oro: Chicachas, á
« vosotros os obligaron á irós á disputar sus
« guaridas á los osos: Paráustis, á vosotros
« os embriagaron, y para quitaros las tier-

«ras, os robaron vuestro sentido: Abe-
«naquises, á vosotros, con el título de
«aliados, os han hecho derramar vuestra
«sangre en sus guerras y morir defen-
«diendo vuestros grillos: Iroqueses, Al-
«gonquinos, Hurones, ellos son los que os
«traen divididos y os hacen exterminaros
«los unos á los otros en su provecho y en
«pura ruina para vosotros: Esquimales, ni
«vuestras pobres redes, ni vuestros mares
«de hielo se han librado de su avaricia.
«¿Donde hay alguna nacion hermana nues-
«tra que nos pueda contar un favor de
«los Blancos? Dicen que traen un libro
«para abrirnos un paraíso despues de muer-
«tos. ¡Inicuos! ¿Qué Dios ha podido hacer
«ecónomos de su cielo á los que ultrajan
«por todas partes las leyes de su justicia, y
«pasean por el mundo la corrupcion?

«Dad doce pieles de alce por la ceniza
«de los muertos.»

El juglar dió doce pieles de alce.

«Guerreros, siguió Onduré, Dios ha
«hecho el cielo para su asiento, y la
«tierra la ha dado á los hombres para que

« vivau y la posean, y la disfruten por
« suerte como buenos hermanos. Esos mares
« y esas montañas que forman nuestros con-
« fines, señalaban la particion de nuestras
« razas: las selvas y los prados estaban lle-
« nos de nuestras carnes. ¿Qué se han hecho
« esas multitudes de hombres y mugeres fe-
« lices que alegraban estas comarcas á las
« cuatro partes del cielo? ¿Desparecieron
« como las moscas del lago que arrebató el
« huracan!... ¿Qué ha sido del heredage
« que nos dejaron nuestros padres y que hi-
« ciera sagrado la mano de los siglos? Se
« nos contesta, se nos disputa, se nos des-
« poja, y nos morimos de hambre en el
« suelo de la abundancia, y tenemos sed en
« la tierra de las aguas. Avanzando siempre
« y talando nuestros bosques, nos ojean y
« nos echan delante como tropas de cier-
« vos sin asilo. La tierra faltará ya bien
« pronto á nuestra huida, sin que tengamos
« alas como los pájaros para salvar los mares
« y buscar otros climas mas apartados. En-
« tónces no habrá otro medio que doblar
« nuestros cuellos á la ignominia, y com-

« prar nuestro pan por tasa, y beber por
« precio nuestra agua de la mano de nues-
« tros huéspedes. Nosotros labraremos la
« tierra, como mugeres, para ellos, y sere-
« mos sus animales de carga por debajo de los
« caballos y de los perros que sirven á sus
« placeres. ¿Cuál será la nacion que pre-
« fiera á la muerte y á una gloriosa tenta-
« tiva, esta infamia que no esta léjos de no-
« sotros?

« Parad mientes, hijos de los desiertos,
« que los tiempos se precipitan, que nos ha-
« blan las profecías, que los cielos estan ar-
« mados de prodigios, y que el astro que
« pareció, hace dos siglos, delante de los
« Blancos y asombró la corte de Motezuma,
« se ha mostrado otra vez, y aun se mues-
« tra todas las noches amenazando. ¿Será
« por ellos, ó por nosotros?... Guerreros,
« yo la ví, yo la ví junto á mí, á esa Diosa
« terrible que se pasea en ese carro de fuego,
« y escuché estas palabras de su boca: « Ha-
« bla á los pueblos indios: los cielos exigen
« de ellos un nuevo esfuerzo de corage: el
« templo está amenazado, y la suerte de

« cien naciones se halla ligada á su existen-
« cia : aún es tiempo de enmendar las des-
« gracias y de enderezar los destinos. »

« Naciones generosas , dignas de mas for-
« tuna , que aun teneis la cerviz alzada , que
« aun podeis sacudiros, con quienes cuentan,
« en quienes muestran todavía confianza los
« Dioses , yo no os he retardado este aviso,
« yo no he calculado mi riesgo ; debajo del
« cañon enemigo que amenaza á los Nát-
« ches continuamente , os dirigi los collares
« del Grande Espiritu ; no seré yo por quien
« queden frustrados los designios del cielo
« en favor de los Indios. La rueda de los
« destinos anda y se mueve por cerca de
« nosotros : comprended bien los tiempos y
« los instantes y los misterios del tiempo.
« Cada pueblo tiene su hora de favor en los
« siglos para elevarse, que en pasando, ó no
« vuelve , ó se tarda una eternidad en vol-
« ver : ¡ maldicion y trabajo y esclavitud,
« sin saberse el fin, al que no la oyere, ó no
« sepa aprovecharla !

« Dad un gran sol de piedra roja por la
« salud de los Indios. »

El juglar echó una piedra de figura de sol en medio del consejo.

Onduré se sentó á reposar. Los Salvages suenan sus armas y dan aullidos de admiracion y de aplauso : un murmullo profundo á manera del que hace un mar cuando empezó á levantarse, retumba á la redonda en el circo. Los Sachems encargados de retener el discurso , lo vertian á los que ignoraban la lengua sábia : todos querian oir otra vez el prodigio y las frases que habia dicho Onduré de Atahansia : muchos venian á preguntar y á pedir mas detalles al banco de los Nátches , y se volvian asombrados de lo que les contaba el juglar. Onduré que observaba los ánimos bien movidos y en sazon conveniente , se tornó á levantar , y hecho nuevo silencio, prosiguió de este modo :

« Resta saber ahora cuales son los recur-
« sos de salvacion que os proponen los Nát-
« ches. Oid , pueblos , y levantad vuestros
« ánimos á la altura de los destinos donde
« nos encaminan nuestras mismas desgra-
« cias. Antes de ahora , sin las plagas y los

« azotes que hemos sufrido, sin la horrible
« experiencia que hemos hecho de nues-
« tros huéspedes, mientras quedara alguna
« esperanza de la fé y la observancia de los
« tratados, mientras pudimos creer los ju-
« gulares que nos venian de su parte con pa-
« labras de amor predicando una ley de paz,
« la propuesta que voy á haceros, podria
« haber parecido un rebato de cólera, ó al-
« gun proyecto disimulado de ambicion y
« dominio; pero hoy dia, lo que en otro
« tiempo pudiera haberos horrorizado, es la
« sola medida de redencion que les queda á
« nuestras carnes. Dos cosas se necesitan:
« la una muy corta, que debe ser la obra
« del valor, de la decision, del arresto; la
« otra mas larga, aunque no mucho, que
« habrá de ser el fruto de la sabiduria y la
« experiencia. La primera es purgar la tierra
« de enemigos: la segunda, constituirnos
« en repúblicas ó en imperios, y tomar lu-
« gar al nivel de los pueblos de allende que
« aun vinieren á visitarnos. De la forma que
« hoy nos hallamos, no es posible atacar á
« los Blancos de frente: ataquémoslos por

« sorpresa , y volvámosles asechanza por
« asechanzas , y traicion por traiciones. No
« han guardado fé jamas con nosotros , ¿qué
« nos podria obligar á tenérsela ? ¿ por ven-
« tura merecen ellos mas que las fieras que
« son cazadas con trampas y con redes ?

« Ved aquí pues lo que dicen los Nát-
« ches : Una noche , en un dia prefijado , á
« la misma hora , sobre toda tierra , las car-
« nes rojas caerán sobre las carnes blancas,
« y barán matanza y carniceria , sin distin-
« cion de pueblo , ni de edad , ni de sexo , ni
« de amigos , ni de aliados , ni de adoptivos ,
« sobre toda semilla de ladrones y de ti-
« ranos que nos han affigido dos siglos. Los
« Indios que no tuvieren vecinos de esta
« malvada estirpe , se juntarán con sus her-
« manos mas inmediatos que los tengan ; á
« los que estan subyugados se les hará pasar
« nuestro secreto en enigma , y donde quiera
« que sea posible entenderse discretamente
« con los Negros , se hará sonar á su oido
« el nombre de libertad y serán convidados
« al festin del destrozo. La explosion del
« volcan se llevará por lo ménos las avan-

« guardias del enemigo donde está puesta
« su mayor fuerza ; lo demas que quedare ,
« perecerá en los incendios y las revolucio-
« nes que estallarán por todas partes donde
« quiera que haya oprimidos : los pueblos
« tiranizados no necesitan para alzarse sino
« una voz , un egeemplo y una luz de espe-
« ranza. Una misma necesidad , un mismo
« instinto, una misma sed de venganza, lle-
« vará la desolacion y la ira hasta los confi-
« nes mas dilatados , y justicia y paz será
« hecha en la tierra de los Indios.

« Este género de medidas no quieren ser
« pensadas ni discutidas largo tiempo si han
« de lograrse ; la fortuna es quien las ayuda
« al momento de concebirse y en el primer
« calor de los ánimos ; la reflexion que salva
« á los individuos , mata casi siempre á los
« pueblos. Los Náches dicen , que si sus na-
« ciones hermanas tienen oidos de oír y sin-
« tieren arder el fuego de la vida en sus almas,
« convendrá acometer esta grande hazaña en
« la temporada cercana de las ferias y de los
« juegos de otoño , en la cual se mezclan las
« tribus indias y se amontonan de todas

« partes, sin causar rezelo á los Blancos.
« De estos juegos, donde nos venden y nos
« hacen pagar tan cara la peste de sus vicios,
« podria salir de esta vez nuestra libertad,
« coronada de gloria, y renacer toda entera
« la virtud de las selvas: la luna de las fies-
« tas seria llamada entónces con mejor nom-
« bre la luna de salvacion y la pascua de los
« Indios.

« Cuanto á nosotros, como quiera que re-
« solviéreis, ya sea que las naciones oigan
« la voz de conflicto de sus hermanos los
« Náteches, ya sea que la desatiendan; ora
« nos sigan algunas, ora todas nos abando-
« nen, nuestro dado está ya en la mano y
« será jugado en honor de Atahansía. Los
« Blancos estan labrando sobre los huesos de
« nuestros padres y en los parques sagrados;
« la profanacion se aproxima al umbral del
« santuario, y es preciso atajarla. Si perece-
« mos en esta lucha, que se ha hecho ya ine-
« vitable, á lo ménos no perecerá nuestra
« fama; si el fuego santo fuere apagado, si
« el templo, al cual se halla atada la salud de
« este continente, llega á caer, moriremos.

« entre sus ruinas, y no seremos nosotros
« á quien acusen ni á quien maldigan
« los pueblos que sobrevivan á la catás-
« trofe.

« Echad un puñal por la devoción de los
« Natches. »

El juglar arrojó un puñal á los pies de los guerreros.

Aquí acabó de sonar la voz de Onduré al modo de una campana que tocando á rebato se quiebra á la fuerza de los golpes. Libre ya de la penosa atención en que estaba el consejo, se forman grupos por todas partes, y se levanta un murmullo tumultuoso, que se engruesa, que va subiendo, y que rompe bien pronto en clamores y gritos apasionados, unos de aprobacion, otros de vituperio, otros de horror y de indignacion, cada cual hablando en su lengua, los mas de ellos sin entenderse. A la sola luz de la hoguera, en la oscuridad de la noche, montados sobre los troncos de los pinos, vociferando y moviendo los brazos armados, parecian los Salvages un cuerpo de guerreros deliberando sobre las ruinas de una

ciudad abrasada. La agitacion y el hervor de los ánimos tomaba cada instante mas fuerza. Los juglares corriendo de arriba abajo y de abajo arriba, levantando en los aires sus varas mágicas, manejando serpientes, pronunciando nóminas y oraciones arcanas, contando historias, explicando las profecias, disputando la inteligencia de las palabras, desmintiéndose unos á otros y diciéndose injurias, aumentaban la confusion y embravecian las pasiones. Fué necesario tocar la concha muchas veces, y sonar juntos todos los instrumentos y tamboriles para acallar la espantosa algazara; los haráutes asian de los brazos á los otros Salvages y los traian á sus asientos: muchos viejos volvian llorando, y se quejaban de haber nacido y haber durado tanto tiempo.

Restablecido con gran trabajo el silencio, Otugamiz, que se hallaba fuera de sí reventándole el corazon y los ojos, se levantó y queria hablar, pero los Sachems lo contienen y le reprenden; la palabra tocaba á los Iroqueses. El gefe de esta nacion salió en medio de la sala, puso á un lado su pipa,

hizo señal de atención, y callaron todos los pueblos.

Este orador repitió primero, según el uso, todo el discurso del jefe de los Natches, para lo cual le apuntaban de cuando en cuando los Sachems de las fichas. Después, respondiendo al discurso, se expresó de esta forma :

« Lo que el tutor del Sol de los Natches
« nos ha propuesto, es una concepción po-
« derosa y fecunda en sucesos grandes que
« nos podrían redimir para siempre: ¿la
« podremos también mirar como justa? Esta
« es la sola cuestión que propone el Iroques.
« Si estuviera aquí Cháctas, mi viejo amigo,
« me bastaría su respuesta; pero la luz de
« su juicio no alumbra más los consejos de
« los hijos del Sol. Yo he dicho.

« Nadie argüirá á los bravos de las Cinco
« Naciones de ser adictos á los Blancos;
« doscientas nieves hay ya que les hacemos
« la guerra sin habernos cansado. ¿Qué na-
« ción le ha ofrecido más triunfos al desierto?
« ¿Cual de todos los pueblos indios ha igua-
« lado nuestra constancia y nuestra lealtad?

« Tanto tiempo como llevamos de sostener
« esta lucha gloriosa, otro tanto hace ya que
« nuestra voz está proponiendo la coalicion
« general de las tribus indias, solo medio de
« salvacion y de libertad que les queda á
« nuestras carnes. Hasta aquí vamos bien
« con los Nácthes; nosotros la deseamos, no-
« sotros estamos prontos á contraer esta
« alianza. Este collar afirma nuestra pa-
« labra. »

El Iroques tiró un collar rojo y blanco.

« Pero nosotros no hemos perdido , siguió
« diciendo , la regla de nuestros padres ni
« la religion de las gentes. La fé de las na-
« ciones es inviolable ; los Dioses la han
« consagrado sin diferencia de amigos y de
« enemigos. Nosotros no entraremos en
« ninguna alianza en que se estipule la per-
« fidia. La virtud es el primer Genio del
« Iroques ; este Genio nos ha guardado hasta
« ahora la libertad. Yo he dicho.

« Breve : ¿ se trata de concertarnos para
« alzar nuestras hachas á un mismo tiempo
« por todas partes y cantar al extranjero la
« guerra? El Iroques va delante , marche-

« mos , avancemos , volemos al encuentro
« del enemigo. El Iroques ruge como un
« oso , hiende las olas de carnes blancas, se
« hace campo con el cuchillo y la macána ,
« y á los que vienen detras les grita : « Se-
« guidme al fuerte de los Blancos. » El Iro-
« ques salta al foso y os hace un puente
« con su cuerpo sobre el rio de la sangre:
« subid ahora , matad , no aflojeis vuestros
« golpes , no perdoneis á nadie , destrozad á
« vuestro placer y comeos las entrañas del
« extranjero. Este es el Iroques ; pero el
« Iroques no es una fuina que se encarama
« de noche al nido á chupar la sangre del
« ave que está dormida. Yo he dicho. »

El orador , diciendo estas cosas , imitaba el objeto ó la accion que expresaba cada palabra , y sus ojos ardian con el entusiasmo salvage. Decia « marchemos » y marchaba ; « volemos » y abria los brazos y parecia que volaba. Nombró el rugido del oso , y rugia lo mismo ; blandia el hacha en los aires y heria los pinos , representaba la escalada á lo vivo , y se doblaba en arco á manera de un puente ; y fingia con los pies el bu-

llicio del estrago, y rechinaba los dientes, y encorbaba las uñas, y movía las quijadas como una fiera que despedaza su presa y se está atestando de carnage.

Voces y gritos, muchos de ellos de rabia y de despecho, pero muchos mas de contento y de aplauso, resonaron por todo el circo. Otugamiz consolado, exclamaba: « ¡ He aquí al Iroques.... he aquí á Cháctas, « he aquí á mi, he aquí á René, he aquí á « mi hermana, he aquí á Mila ! »

Onduré parecia consternado ; su alma baja y cobarde era incapaz de elevarse á las nobles ideas del Iroques, y su horrible propuesta, si no encontraba cómplices ó instrumentos, lo debia cubrir de ignominia á la faz de los pueblos. Un Chicacha, tomando la palabra con impetu en favor del proyecto, reanimó la esperanza del malvado. Era el Chicacha un Indio muy renombrado por sus hazañas, todavía en la edad fuerte, de ventajosa estatura, de un semblante magestuoso y atrayente, de una voz argentina y seductora. Su discurso fué un comentario del de Onduré y cautivó á

la asamblea , aun mas que por su elocuencia , por su manera de decir melodiosa y sus actitudes magnificas. Tal vez hubiera triunfado si el calor no lo arrebatára hácia el fin, y se hubiese abstenido de zaherir á los Iroqueses ; pero sus postreras palabras movieron un incendio espantoso. « ¡ Qué ! (dijo el « Indio despues de haber expuesto una larga « serie de injusticias y de perfidias de los « Blancos) ¿ se atreverá el Iroques á tachar « de inmoral é injusta la propuesta que hacen los Natches ? ¿ Y será el Iroques quien « defienda la causa de esos bandidos ? ¿ Y el « pueblo en quien el desierto deberia encontrar mas apoyo para una guerra sagrada , « nos abandona ! Y bien , si esos orgullosos « cipreses que llevaban en otro tiempo su « cabeza hasta el cielo , se han vuelto ahora « yedras rastreras , que se dejen enbora- « buena hollar del cazador extranjero ; que « ellos se queden solos para servirlo.... »

— « Vosotros le servireis (clamaron los Iroqueses sin dejarle acabar) vosotros y vuestros hijos , miserable nacion de raposos , « gamos cobardes , pájaros habladores. »

— « ¡Ladrad! ¡Ladrad! alanos domesti-
« cados, ladrad, defended á vuestros seño-
« res » gritaron los Chicachas enfurecidos.

— « Los alanos se comen á un mismo
« tiempo los lobos y las garduñas » respon-
dieron los Iroqueses levantándose; y he
allí brillar las armas y sonar la voz del
ataque entre aquellas tinieblas mal alum-
bradas, y una multitud de brazos alzados
para la muerte en la misma sala de la
alianza. El consejo se dividió en tres parti-
dos, dos de ellos prontos á devorarse y el
tercero metiendo paz y conteniendo los gol-
pes. La cima de la roca parecía un campo
donde las Potestades de las tinieblas desa-
venidas se apereibian á un combate; las in-
jurias, las amenazas y los ahullidos estre-
mecian la montaña. El juglar de los Nátches
se subió á un árbol que caía por cima de los
grupos amotinados, y abrazado del tronco
y tocando la concha en aquella altura,
pudo obtener un instante el silencio; desde
allí, á la manera de un Espiritu aparecido,
con una voz atronante les habló de esta
suerte

« Por Michabú, Genio de las aguas, cuyo
« imperio estamos turbando, contened vues-
« tras iras, y atreguad á lo ménos en este
« sitio vuestras discordias: la maldicion
« caerá sobre quien derrame la sangre de
« sus hermanos sobre este lugar santo donde
« reposó el Grande Espíritu. ¿En donde
« está el homicida, en donde está el sacri-
« lego que osará violar este amparo sagrado
« sin temer el furor de un rayo que lo
« vuelva ceniza? ¿Pretendeis que esta noche
« nos trague vivos la tierra? »

Los Salvages se contuvieron y tornaron á sus asientos: dió la suerte tambien que al léjos, en los postreros visos del lago, se veia brillar el relámpago. El juglar prosiguió.

« Pueblos, triste cosa será no ponernos
« de acuerdo esta vez que ha sido la pri-
« mera en los siglos, (y quizá sea la última)
« en que todas las tribus del continente se
« han dado sus saludes y se habian juntado
« á abrazarse: pero sería muy mas triste,
« y un presagio horroroso, que esta reu-
« nion, por la cual suspiraba el desierto,

« no tuviese otro resultado que fomentar
« nuestras disensiones y suscitar las viejas
« querellas de los pueblos. En nombre del
« Criador Soberano que santificó esta mon-
« taña, sentaos en paz y deliberad como
« hermanos. Ninguna de las naciones que
« estan presentes se halla obligada á seguir
« la opinion de otra ; cada una es libre de
« adherirse ó rehusarse á la propuesta que
« ha sido hecha ; no hay mas obligacion que
« el secreto que hemos jurado y que todos
« sabreis guardar. Lo demas será lo que
« quiera inspiraros á cada uno vuestro buen
« Genio : yo no prevendré vuestros votos ;
« pero vosotros no olvidareis que la suerte
« de cien naciones famosas , y la esperanza
« de millares sin cuento de hermanos nues-
« tros peregrinos y ventureros en sus pro-
« pios asientos , va á pender esta noche de
« un sí ó de un nó de vuestras bocas , cual
« si fueseis los Dioses de la tierra. »

Los Salvages continuaron en silencio , y temiendo encender nuevas iras si proseguian los debates públicos , estimaron mejor entenderse privadamente conferenciando entre

ellos mismos. Se juntaron tan solo para estas pláticas los gefes de los pueblos y los diputados ancianos; á los juglares los hicieron salir de sus ruedos: el gefe de los Paráustis, un Siujo, dos Cheroqueses y un Megicano se encargaron del escrutinio, y mantuvieron la paz y el orden en los coloquios que se llevaron el resto de la noche. Cerca ya de la madrugada, comenzaron á deshacerse las reuniones de diputados y á tomar cada cual sus lugares. Poco despues el gefe de los Paráustis, todas las músicas del desierto delante, atravesó la sala y ocupó la tribuna, desde la cual, hecho un grande silencio, proclamó el resultado definitivo de la asamblea. Los Indios de la parte del Norte, y los del Este, con los Iroqueses á su cabeza, desaprobaban el proyecto: los pueblos del Oeste, y con ellos los ribereños del Misóuri y del Muddy, sin aprobar ni desaprobando el proyecto, se excusaban á tomar parte en la conjura, atendido que tenían paces con los Blancos y no encontraban motivo para romperlas: las naciones del Mediodia, y las del Ohio, saca-

dos los Panimas y los Cenises se declaraban por la propuesta de los Nátches. Todos los diputados sin diferencia, estipulaban en nombre de sus respectivas naciones una paz general, á lo ménos de tres años, entre todas las carnes rojas, durante cuyo tiempo se trataria de ajustar amigablemente las quejas y pretensiones reciprocas; y por último, se obligaban durante el mismo tiempo á no hacer alianzas con los Blancos que pudieran dañar á cualquiera nacion indigena, ó aumentar la preponderancia extranjerá en el desierto. Publicada esta decision, todos los circunstantes ratificaron el juramento del secreto, y acto continuo dos heraldos se pusieron á repartir los collares que contenian los artículos concertados. El silencio siguió reinando en la asamblea: no se vió ni se oyó ninguna señal ni de improbacion ni de aplauso.

Otugamiz tan solo, que hasta entonces habia tenido alguna luz de esperanza, cuando vió que una parte de la asamblea habia adherido al atroz designio del gefe de los Nátches, que era ya inevitable la sangrienta

catástrofe, y que él estaba enredado por juramento en aquella obra de iniquidad, desfallecido, trémulo, atalantado á manera de un hombre de quien Dios habria apartado su rostro, salió con pasos inciertos y mal seguros en medio del congreso, y con una voz comprimida y dolorosa exclamó:

« Y bien, pueblos, si vosotros teneis entra-
« ñas de hombres y respetais á los Dioses,
« no os mostrareis extraños á mi afliccion, ni
« os parecerá cosa indigna el escucharme. Yo
« soy Otugamiz, él de los Nácthes, hijo de
« Amenskuilto y de Tabamica, de la tribu
« de la Serpiente, á quien unos llaman el
« Simple, porque no tengo astucia para ex-
« plicarme, y otros el Bueno, porque yo no
« he ahorrado mi sangre en las lides de la
« gloria. Vosotros me direis qué deberé yo
« hacer con mi amigo, el hijo de Cháctas,
« marido de mi hermana Celuta, á quien yo
« saqué del cuadro del fuego.... Onduré;
« tú te ries; ¡ tu alma es mas negra que la
« mancha que deja el rayo sobre una piedra
« que los cielos han maldecido! En verdad
« yo soy simple, pues que mi fé ha podido ser

« sorprendida , pero tú no sorprenderás mi
« amistad... Naciones que me escuchais, las
« que quereis beber á escondidas la sangre
« de los Blancos, sin perdonar ni aun á
« aquellos que habeis mezclado y unido con
« la vuestra , Otugamiz callará porque ha
« jurado guardar el horrible secreto ; mas
« quienquiera que sea el que venga á herir,
« y á cumplir la venganza contra René, ha-
« llará á Otugamiz con su Manitú de oro ,
« que veis aquí , por delante. Forjad el
« hierro bien largo para que alcance á pasar
« su pecho despues del mio si os va tanto en
« matarlo ! »

El dolor ahogó las palabras del hermoso jayan ; sus ojos se dirigian hácia el cielo: parecia el Angel de la Amistad, maltratado en la tierra y reclamando su patria. Los Indios estaban conmovidos, y lo oian con respeto y admiracion recordando las cosas que habian sabido del valor y de la lealtad de aquel Nátche. Otugamiz bajando otra vez sus ojos, y mirando á los Indios; «Guerreros, « volvió á exclamar, ¿ por qué estais mu- « dos !... Aconsejadme : ¿ qué os parece que

« yo responda á mi muger y á mi hermana
« cuando salgan á recibirme? ¿Qué le diré
« yo á René? ¿Le diré yo: « Ven, corzo
« mio que te habia salvado, á quien curaba
« yo en las lagunas; ven que te vuelva á
« abrir las heridas que te habian cerrado
« mis manos, porque los cazadores de mi
« nacion me han mandado matarte? » Otugamiz llevando despues sus manos al pecho y despedazando sus carnes, decia en el arrebato de su dolor: « Yo te arrancaré de
« mi pecho, secreto horrible! ¡Huesos de
« la patria, poco importa que os levanteis
« y os movais delante de mí, amenazando;
« yo hablaré, yo hablaré, yo no seré un
« asesino! René, escucha.... ¿comprendes
« tú?... eso es todo lo que ha pasado en el
« consejo, no lo digas á nadie.... Pero,
« René, ¿no eres tú culpable?... ¡Ay de
« mí que yo he hablado! ¡yo he violado mis
« juramentos, yo he vendido la patria, ma-
« tadme!... » y el trastornado jóven en un
acceso frenético va á tirarse á la hoguera.
Venclao y otros guerreros se le adelantan
y consiguen salvarlo. Otugamiz cae desma-

yado en sus brazos ; la llama habia ya prendido en su hermosa cabellera y en sus ropas ; lo desnudan y lo conducen al aire libre. Onduré calmó á los Salvages diciendo que á aquel mancebo excelente lo habian enhechizado , y que sufría estos ataques algunas veces ; que el autor de aquel maleficio era el guerrero blanco por quien mostraba tanta aficion ; que Otugamiz era muy religioso , y que no temiesen que faltase al secreto ; que ademas de esto se observaria con él una gran vigilancia , y que en volviendo al Náthe , cuando su virtud no sobrase , bastaba á responder de su discrecion la presencia y la autoridad de su tio el grande Adario. La turba de los juglares , cuánto oyeron hablar de hechizo , partieron á socorrer á su modo al que creian poseido , y á competencia , quien podria mas , pronunciaban sus rezos , y hacian conjuros y ensalmos sobre el héroe de la amistad.

Mientras tanto llegaba el dia , que pareció sin aurora , todos los horizontes preñados de un nublado espesísimo. Los diputados hicieron aclamaciones por la salud de los

pueblos, entonaron el himno de la mañana, y empezaron á despedirse. Al cabo de una hora, no quedaron en la montaña sino los conjurados. El juglar de los Natches junto con Onduré, tuvo entónces con ellos la postrer plática, animándolos á la horrible hazaña, y concertando prolijamente todos los pormenores y circunstancias del tiempo, de los lugares, de las reuniones, de los engaños, de la sorpresa, y de la manera de los ataques. Se señaló para la explosion el duodécimo dia de la Luna de las Fiestas, y entre otras prevenciones y observancias rarísimas, hizo entregar el juglar á cada nacion conjurante una garba compuesta de doce cañas, y les dijo, poniendo en esto mucho misterio: « Estas cañas estan benditas
« y serán para cada pueblo el relox de la
« venganza: los juglares se encargarán de
« su guarda en lugar sagrado. Todas ellas
« deben quemarse por órden en honor de
« Atahansia: la primera caña, el primer dia
« de la Luna de las Fiestas; la segunda, el
« segundo dia, y así hasta el fin, una cada
« dia. En quemándose la duodécima, aquella

« noche, al tocar el cielo la mitad de su
« vuelta, será por todas partes la postrer
« hora de los Blancos. » Otras muchas su-
persticiones y ceremonias horrosas hubie-
ron de hacer despues los juglares, y en se-
guida, al grito terrible de « Atahansía reina »
desampararon aquel teatro formidable.

A Otugamiz fué necesario lo condujesen
sobre un lecho de ramas, como él condujó
otra vez á su amigo. Cuando volvió en su
acuerdo se halló embarcado, solo otra vez
con el juglar, con Onduré y los demas dipu-
tados del Nátche parciales de aquel tirano.



